

Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

**HISTORIAS DE TRÁNSITO: CRÓNICAS DE UN RECORRIDO POR
BIOGRAFÍAS ITINERANTES**

PAULINA IGNACIA ORTEGA CONTRERAS

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

Profesor guía: Sergio Trabucco Zerán

**Santiago de Chile
Marzo de 2016**

A Sandra y Mauricio, por el amor y la paciencia.

*A Carmen, porque nunca habrá suficientes
dedicatorias para ti.*

AGRADECIMIENTOS

Estos meses de trabajo fueron una apuesta por el aprendizaje de vivir, un intento por inmiscuirme en las experiencias biográficas de personas anónimas. Una búsqueda entretenida y desafiante que no habría concluido satisfactoriamente sin el apoyo de mis padres, las risas de mis amigos y el amor de Ignacio.

A Sergio, mi profesor guía: gracias por acompañarme en este proceso, gracias por cada una de nuestras sesiones de corrección, por cada minuto de tu tiempo, por tu buen humor y tu motivación constante. Gracias por las ganas y la enorme disposición de enseñar.

Estas crónicas son resultado de la generosidad y la confianza de quienes decidieron dejarme entrar por un ratito en sus vidas. Son ellos, los que arriba de su taxi, frente al manubrio de una micro, arriba de un avión, lustrando zapatos, barriendo calles, atendiendo un quiosco o conduciendo el metro, tejen aquella historia de intimidades que no se escribe en libros, ni ocupa las páginas de los diarios. A Helga, Marcelo, Fernando, Juan, Arturo, Rocío, Christopher, Jorge, Elizabeth, Raúl, Carlos, Esteban, Elba, Elías, María, Víctor, Alfonso, Daniel, Roberto, Marco y Alejandra: infinitas gracias. Sus valiosas experiencias estarán para siempre aquí guardadas. Y ustedes tienen, en mi memoria, un lugar.

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO	6
CAPÍTULO I : LUGARES MÓVILES	14
Confidencias de cabina	15
Del cielo a casa	17
Des/amor en la carrera	19
Lo Ovalle, Gran Avenida, Departamental	21
Coincidencia	25
9020	30
El Ruso	33
Se hace camino al andar	36
Costos	40
Esas cosas simples	42
CAPÍTULO II: LUGARES TRANSIENTES	48
Ducha en la plaza	49
El quiosco más antiguo de Santiago	50
Condorito	52
Los números de Alfonso	54
Fluorescentes	56
Conserjería	58
Matar el tiempo	63
Disfraz	64
Paseo de fin de semana	66
Resiliente	68
Servicio al cliente	71
Fiesta sorpresa	72
The butler	75

Room service	78
Protocolo	79
CAPÍTULO III	86
CONCLUSIONES	87
EPÍLOGO	88
BIBLIOGRAFÍA	92
ANEXO: FUENTES CONSULTADAS	94

PRÓLOGO

“En el anonimato del no lugar es donde se experimenta solitariamente la comunidad de los destinos humanos.”

Marc Augé¹

Casi todas las mañanas al salir de mi casa veo a una funcionaria municipal que riega el pasto en la plaza donde está el paradero. Cuando no la veo me pregunto qué le habrá pasado, por qué no estará ahí. En ese mismo paradero suelo ver a un hombre joven, que parece ser universitario. Los dos tomamos la micro que nos lleva a la estación de metro más cercana. Al bajarnos, caminamos hacia la entrada del metro por donde vienen y van personas. Muchas personas, muchos orígenes, destinos y trayectorias que podríamos proyectar sobre un gran mapa y así ver los cruces, desvíos e intersecciones. Historias de vida, archivos personales, se mueven por la ciudad a toda hora y en todas direcciones.

Al lado del torniquete que te permite acceder al andén siempre está el mismo guardia, la cajera de la boletería es la misma los lunes y los miércoles y, no estoy segura, pero es muy probable que sin saberlo varias veces el conductor del tren y yo hayamos coincidido en esa estación de la línea verde y hayamos compartido por media hora un espacio de tránsito, un *no lugar*. No sé los nombres de ninguna de estas personas. Con algunos -como el vecino universitario- nos miramos sabiendo que ya nos hemos visto antes y que es probable que nos volvamos a ver en los días siguientes, pero ninguno saluda al otro. Es lo que sucede en los lugares de tránsito: hay códigos que raramente se rompen e historias y destinos que desconocemos.

En los lugares de desplazamiento urbano se cruzan y se ignoran a diario miles de trayectorias individuales. “La ciudad puede ser vista como una red de túneles llevando personas a diferentes lugares, a distintas velocidades y en distintos tiempos, evitándose unos con otros, minimizando

¹ AUGÉ, Marc (2008). Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Editorial Gedisa. p. 122

las posibilidades de encuentro”². En los espacios de tránsito -y trance- ubicados dentro de la ciudad se produce un cruce potencialmente infinito de itinerarios, confluyen actos, pensamientos, historias de vida y memorias personales.

Entenderemos por espacios de tránsito aquellos lugares, o dispositivos, que conectan un punto con otro de la ciudad. En dichos espacios la comunicación verbal es reducida a su nivel mínimo, primando lo no verbal. Gestos y posturas transitan permanentemente por los espacios donde tienen lugar los procesos de movilidad urbana.

La noción de “no lugar”, propuesta por el antropólogo francés Marc Augé, refiere a los espacios característicos de la sobremodernidad, a sitios particularmente contemporáneos, donde anónimos en tránsito coinciden durante un tiempo limitado y tienen la garantía de que jamás volverán a encontrarse. En las ciudades contemporáneas se multiplican los puntos de tránsito y las ocupaciones provisorias. Medios de transporte, estaciones de metro, aeropuertos, supermercados, centros comerciales, hoteles o autopistas tejen una red de trayectorias “que a menudo no pone en contacto al individuo más que con otra imagen de sí mismo.”³

Humberto Giannini sostiene que la ruta, el espacio de tránsito, es un medio de circulación que cumple con el rol cotidiano de vincular el lugar del ser para sí -o el domicilio- con el lugar del ser para los otros -el trabajo-. Es, por tanto, “el medio primario, elemental de la comunicación ciudadana.”⁴

La “reflexión cotidiana” de la que habla Giannini refiere a la rutina diaria que nos lleva de la casa al trabajo, pasando por los lugares de tránsito, espacios que además de ser vistos como medio, funcionan como límite de lo cotidiano. Esto, porque en ellos nos enfrentamos a la

² JIRÓN, Paola (2009). Immobile mobility in daily travelling experiences in Santiago de Chile. En: Vannini, Phillip. The cultures of alternative mobilities: routes less travelled. Cap. 8. Pp. 127-140. p. 127. Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/118095> [consulta: 13 de abril de 2015] p.127. Traducción propia.

³ AUGÉ, Marc. Op. Cit. en nota 1. p. 85

⁴ GIANNINI, Humberto (2004). La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia. Santiago de Chile: Editorial Universitaria. p. 37

“permanente tentación de romper con las normas, con los itinerarios de una vida programada”⁵. La calle es un territorio abierto, siempre, a una infinidad de posibilidades.

Durante el lapso de tiempo en el que nos desplazamos nos volvemos anónimos, invisibles. El lugar de tránsito, de flujo, o el *no lugar* crea una identidad compartida. Generalmente, dicha condición está determinada por una relación que Augé denomina “contractualidad solitaria” y que se materializa a través de elementos tangibles como, por ejemplo, los pasajes de avión, la tarjeta bip o la boleta del supermercado.

*“El espacio de la sobremodernidad está trabajado por esta contradicción: sólo tiene que ver con individuos (clientes, pasajeros, usuarios, oyentes) pero no están identificados, socializados ni localizados (nombre, profesión, lugar de nacimiento, domicilio) más que a la entrada o a la salida.”*⁶

Sergio Rojas, denomina “desastre del lugar”⁷ a la dificultad que implica la definición del término. De acuerdo con Rojas, hablar de lugar, nos remitiría inmediatamente al concepto de memoria. Esto, porque la distinción entre lugar y espacio de tránsito está determinada por la subjetividad y la experiencia que cada sitio nos evoca. Se relaciona con nuestra historia de vida, con la posibilidad de dejar una huella, una marca que hable de nuestra presencia e indique que hemos existido en un espacio y un tiempo determinado.

Memoria y biografía en tránsito

Olvidar y recordar es una capacidad individual, única e intransferible. Cada uno de nosotros tiene sus propios recuerdos, ligados a ciertos hechos, lugares, personas o personajes. Michael Pollak sitúa a la memoria como un elemento constitutivo de la identidad, individual y colectiva,

⁵ Ibid. p. 39

⁶ AUGÉ, Marc. Op. Cit. en nota 1. p. 114

⁷ ROJAS, Sergio (1999). Materiales para una historia de la subjetividad. Santiago de Chile: La Blanca Montaña.

pues a partir de ella se construye la continuidad y coherencia de una persona o de un grupo.⁸

Rememorar supone el ejercicio de activar en el presente una experiencia del pasado. El pasado deja huellas, sin embargo “esas huellas, en sí mismas, no constituyen «memoria» a menos que sean evocadas y ubicadas en un marco que les de sentido.”⁹

La construcción de memoria -o el almacenamiento de experiencias que la constituyen- es un actividad cotidiana. Cuando la rutina esperada se rompe, entonces el ejercicio habitual de la memoria se vuelve memorable, pues se liga a emociones y afectos. “El acontecimiento rememorado o «memorable» será expresado en una forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia.”¹⁰

Maurice Halbwachs dirá que el lenguaje y los marcos sociales vinculados a él son los que nos permiten reconstruir el pasado.¹¹ Aquella mediación lingüística a la que se refiere Halbwachs, aquella potencialidad narrativa de las experiencias, implica que la memoria -tal como sostiene Paul Ricoeur¹²- por más íntima y privada que sea, posee un carácter social.

Pocas veces nos detenemos a pensar de qué forma nuestra experiencia de tránsito urbano nos define y se vuelve reflejo de nuestra condición social y cultural. Al viajar o desplazarnos sólo obtenemos vistas parciales que como fotografías almacenamos en nuestra memoria. Las crónicas que componen este trabajo dan cuenta de que por medio del relato somos capaces de recomponer las imágenes fragmentadas que obtenemos de aquellos lugares por los que nos movemos cotidianamente, de dar sentido y de hacer memorables experiencias obtenidas en nuestro transitar. En referencia esto, antes del inicio de cada capítulo el lector encontrará una serie de

⁸ POLLAK, Michael (2006) Memoria e identidad social. En: Memoria, olvido y silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límite. Cap. 2. Pp. 33-52. Buenos Aires: Ediciones Al Margen. Disponible en: <http://cesycme.co/wp-content/uploads/2015/07/Pollak.-Memoria-Olvido-y-Silencio.pdf> [consulta: 5 noviembre 2015]

⁹ JELIN, Elizabeth (2001). ¿ De qué hablamos cuando hablamos de memorias? En: Los trabajos de la memoria. Capítulo 2. Pp. 1-17. p.11 Disponible en: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/JelinCap2.pdf> [consulta: 28 de noviembre de 2015]

¹⁰ Ibid. p. 9

¹¹ HALBWACHS, Maurice (1992). La memoria colectiva. Pp. 209-219. Disponible en: http://ih-vm-cisreis.c.mad.interhost.com/REIS/PDF/REIS_069_12.pdf [consulta: 6 de noviembre de 2015]

¹² RICOEUR, Paul (2004). La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económico.

fotografías análogas que fueron capturadas en los espacios de tránsito que recorro a diario y que tienen por objeto reforzar la idea de fragmentación de los espacios de tránsito en la memoria y su reconstitución -o resignificación- por medio del relato.

Las crónicas aquí presentadas sugieren un recorrido por las experiencias que configuran la memoria de quienes pasan largas horas del día en espacios destinados al tránsito urbano. Estas narraciones -obtenidas a partir de entrevistas, conversaciones y un minucioso trabajo de observación- conforman una cartografía de voces y trayectorias de vida, que desde lo íntimo buscan dar cuenta de nuestro tiempo y nuestro ritmo en la ciudad. Las historias aquí contadas se exponen con la finalidad que Leonor Arfuch otorga al relato íntimo, cuando afirma que lo biográfico intenta

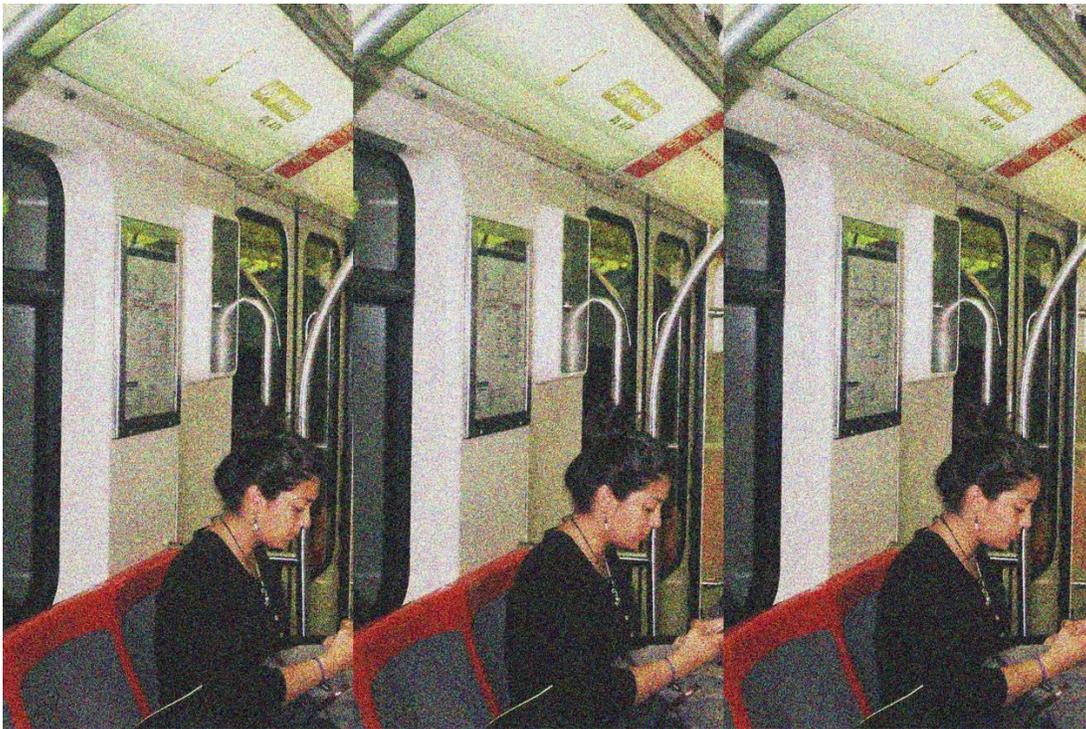
“(...) aprehender la cualidad evanescente de la vida oponiendo, a la repetición abrumadora de los días, a los desfallecimientos de la memoria, el registro minucioso del acontecer, el relato de las vicisitudes o la nota fulgurante de la vivencia, capaz de iluminar el instante y la totalidad.”¹³

De acuerdo con Augé la imposibilidad de generar marcas y huellas en los espacios de tránsito, es precisamente lo que los define como “no lugares”. Frente a esta apresurada afirmación, cabe preguntarse cuáles son las experiencias que forman parte de las biografías de aquellas personas que permanecen más tiempo del habitual en los espacios de flujo urbano, es necesario cuestionar aquello postulado por Augé. Cajeras de supermercado, funcionarios del centro comercial, taxistas, conductores de micro, tripulantes de cabina de un avión. Todos ellos observan desde su posición cómo nos movemos dentro de la ciudad. ¿Qué historias constituyen la memoria de estos personajes?

¹³ARFUCH, Leonor (2002). El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 17. Disponible en: http://comisionporlamemoria.org/bibliografia_web/ejes/desaparecidos_arfuch.pdf [consulta: 4 de noviembre de 2015]







CAPÍTULO I

LUGARES MÓVILES

El término “lugares móviles” refiere a aquellos dispositivos a través de los cuales llevamos a cabo el proceso de movilidad. Entre ellos se cuentan, por ejemplo, taxis, micros y aviones.¹⁴

¹⁴ JIRÓN, Paola; ITURRA, Luis (2011). Momentos móviles. Los lugares móviles y la nueva construcción del espacio público. En: revista Arquitecturas del Sur, N° 39. Pp. 44-57.

Confidencias de cabina

Christopher recalienta las porciones de lasaña con cuidado, atento a no manchar el uniforme. Luce impecable o, al menos, eso pensó al mirarse en el espejo que estaba en la habitación del hotel donde pasó la noche.

Con la ayuda de una de sus compañeras revisa que todo esté en su lugar. Los almuerzos, los cubiertos y vasos plásticos, las botellas con jugo y bebida, la cerveza y los termos con café y agua. “Estamos listos”, dice, antes de salir de la cabina empujando el carro por el pasillo, atravesando el avión de un extremo a otro, mientras la sonriente azafata que lo acompaña pregunta: “señor, ¿qué desea tomar?”, “¿con azúcar o endulzante?”

Los pasajeros, a diferencia de otros viajes, van particularmente animados y se oye en el ambiente el murmullo de sus conversaciones. Son casi las dos de la tarde y Christopher vuela desde Valdivia a Santiago en un avión que va con todos sus asientos ocupados. Despegaron hace casi una hora. Es verano, en dos días más comenzará febrero. Se nota que están en temporada alta porque los pasajeros aumentan en número y los vuelos, en frecuencia. Desde diciembre, cada avión en el que ha viajado Christopher ha despegado a toda capacidad.

Lleva un mes trabajando en la aerolínea, mañana tiene libre y planea visitar a su familia en Los Andes. En eso piensa mientras acarrea lasañas y botellas de Coca Cola. Mientras le responde a los pasajeros que preguntan en qué consiste el almuerzo, si tienen otra opción de menú, cuál es el postre, si pueden pedir jugo y bebida, o café y cerveza. Christopher tiene paciencia, contesta todo de buena gana. Le gusta hacer bromas y reírse con los pasajeros.

“Llegué a este trabajo después de haber estudiado para convertirme en tripulante de cabina. Nunca pensé que me iba a dedicar a esto, cuando salí del colegio no tenía idea de lo que quería hacer y una de mis tías me preguntó que por qué no era “azafato”. Ella creía que yo estaba *pinta'o pa'* eso. Lo pensé, me tincó y acá estoy. Vivo solo desde los dieciocho años. Me vine a estudiar

de Los Andes a Santiago y me quedé acá”, me cuenta una calurosa tarde de principios de abril, mientras vemos caer el sol desde el enorme ventanal ubicado en el *living* de su departamento.

Christopher y su compañera avanzan hasta uno de los primeros asientos. Esta vez el que comienza el diálogo es él.

–Buenas tardes, señor. ¿Desea almorzar? –pregunta. El pasajero al que se dirige no despega la vista de la ventana.

–¿Señor? –insiste Christopher.

El hombre, que no tiene más de cincuenta años, no le dirige la palabra. La azafata que acompaña a Christopher se dirige a la pasajera que va en el asiento de al lado y deja en su puesto un plato con lasaña, un vaso con jugo y un postre. Christopher no despega sus ojos del pasajero que va al lado de la ventana. Siente curiosidad. Insiste.

–¿Señor? ¿Desea algo? ¿Un vaso de agua? ¿Jugo, tal vez? ¿Necesita algo? ¿Señor?

“No dije nada más y él comenzó a gritarme. Me dijo de todo. Que era un imbécil, que cómo se me ocurría molestarlo, que acaso no entendía que no quería nada. Todos en el avión se dieron cuenta. Hizo un escándalo gigante. Ha sido una de las cosas más incómodas que me ha tocado pasar arriba del avión. Yo era más chico y no sabía qué hacer”, recuerda.

–Disculpe, señor, pero no puedo conversar con usted, si no se calma.

En ese momento la jefa de cabina, una azafata con mucha más experiencia que la que había ganado Christopher durante ese primer mes de trabajo, apareció y logró tranquilizar al exaltado pasajero. Lo llevó hacia delante, le dio un vaso de agua y ahí, cuando ya nadie lo miraba, el hombre estalló en llanto.

“Le contó a mi compañera que abajo, en el sector de carga, iba el cuerpo de su hijo de veinte años. Le contó que había tenido un accidente mientras veraneaba con sus amigos. Le contó que le

hubiera gustado despedirse, pasar un tiempo más con él, decirle lo mucho que lo quería. Yo no supe de esa conversación hasta que aterrizamos. Entonces, lo entendí y me hubiera gustado decirselo”, me cuenta Christopher cuando afuera aún destellan algunos rayos de sol y hacia el poniente, donde el cielo es surcado por los aviones en despegue, la ciudad es cubierta por un furioso cielo naranja.

Del cielo a casa¹⁵

Fue en esos vuelos, en esos viajes de ida y vuelta, cuando Rocío decidió que quería convertirse en azafata. Esa era la vida que quería. Soñaba con despertarse todos los días en ciudades diferentes, con planificar su vida mes a mes, con vestir esa ropa, y llevar esos tacos. Con el maquillaje siempre perfecto, con la sonrisa siempre en la cara.

“Voy a volar por el resto de mi vida”, se dijo una tarde de febrero mientras volvía de Punta Arenas a Santiago, después de haber pasado un mes completo en la casa de su padre. No vivían juntos. Los papás de Rocío se separaron cuando ella tenía doce o trece años. Fue hace tanto que ya no lo recuerda con exactitud. Lo que sí recuerda con absoluta claridad es que solo unos meses después del fin del matrimonio, su padre se fue a vivir a Punta Arenas. Quería empezar de cero, por lo que creyó necesario partir de la capital, dejar todo atrás. Rocío se quedó con su madre en Santiago. Desde entonces, los viajes a aquella ciudad fría y cubierta de nieve se volvieron parte de su itinerario personal.

Desde esa tarde en la que Rocío decidió ser azafata, mientras volaba de vuelta a su vida capitalina, han pasado dieciocho años. Comenzó su carrera como tripulante de cabina apenas salió del colegio. En su cabeza no hubo espacio para ninguna otra alternativa.

Decidió probar suerte en LAN. Se preparó, fue a una entrevista, a una prueba psicológica, a otra entrevista. Pruebas y más pruebas. “Tenía muchas ganas de quedar *altiro*. Era LAN, era lo que había querido desde siempre”, me cuenta en una de nuestras conversaciones en la terraza de su departamento de la calle Portugal. Había quemado casi todas las etapas, quedaba una última

¹⁵ Título tomado del cuento y del libro del mismo nombre, escrito por la argentina Hebe Uhart en 2003.

entrevista y estaría adentro. Sin embargo, algo salió mal y su nombre no figuró entre los seleccionados que formarían parte de la nueva generación de tripulantes preparados para asistir los vuelos de la aerolínea más prestigiosa del país.

Había una segunda opción, tomaría el camino más largo y, aunque se demorara un poco más de lo presupuestado inicialmente, conseguiría volar. Después de estudiar dos años en uno de los institutos aprobados por la Dirección General de Aeronáutica Civil, Rocío consiguió entrar a Sky, aerolínea en la que trabaja actualmente.

–Una la verdad es que hace de todo. Hay que saber muchas cosas técnicas, obvio. Es súper importante saber reaccionar en caso de emergencia, pero también se cumplen roles para los que no siempre estás tan preparada. Muchas veces te toca hacer de psicóloga arriba del avión. Hay que lidiar con pasajeros asustados por el vuelo, malhumorados, tristes. Es complicado. Es, también, una carga emocional para nosotros.

Rocío hace una pausa, se queda silencio. Recuerda el vuelo a Balmaceda en el que iba una pasajera que no paraba de llorar. “Estaba sentada en la primera fila, en el primer asiento”, me dice enseguida.

–Era imposible no darse cuenta de que estaba triste. Me acerqué con un vaso de agua. Pensé que estaba asustada porque a veces pasa que los pasajeros entran en pánico al despegar. Después entendí que no era eso. Apenas me acerqué, la señora me abrazó. Lloraba y lloraba sin decirme nada, hasta que después de un rato, cuando logró calmarse un poco, me contó cuál era el motivo de su viaje. Su madre había muerto dos días antes, ella había viajado al funeral. Me dijo que no había alcanzado a despedirse. Conversamos un rato y se quedó un poco más tranquila. Cuando me bajé del avión, me di cuenta de que ni siquiera le había preguntado su nombre. Quedé con una sensación amarga y no sé por qué, pero después de conversar con ella me dieron ganas de llamar a mis papás. No lo hice ni se lo comenté a nadie. Seguí con mi día: horas después me subí a otro avión que no me acuerdo adónde iba.

Hoy Rocío recibió un mail donde se le informa cuál será su itinerario del mes de mayo. El próximo mes se subirá dos veces a un avión con destino a Punta Arenas, esa ciudad fría y cubierta de nieve que siempre la recibe con el viento pegándole en la cara. No se quedará en ningún hotel, sabe que siempre habrá una pieza esperándola en la casa de su padre.

Des/amor en la carrera

Marcelo frena. A lo lejos distinguió el gesto de una pasajera que solicitaba que se detuviera. Son casi las once de la mañana y, hasta el momento, el día va lento. Carreras cortas y no muy convenientes lo llevaron desde su casa, en Estación Central, hasta este punto de la capital.

Abren la puerta y la cierran fuerte. Marcelo mira y a su lado ve a una joven llorando.

–Disculpe, es que acaban de *patearme* –se excusa de entrada, sin dejar de llorar. Marcelo arranca el auto sin esperar indicaciones. Avanza por la Alameda hacia el oriente.

–Pero, mijita, usted es muy joven. No tiene que *achacarse* tanto. Es normal tener penas de amor a su edad. Va a ver cómo en unos días ya se le va a haber olvidado el llanto y todas esas leseras. Búsquese otro *pinche* y listo. ¿Ha escuchado eso de que un clavo saca a otro clavo? Yo creo en eso, fíjese. ¿Quiere que cambie la radio? Pongamos otra canción. Una más alegre, mejor.

–Gracias –responde la pasajera todavía sollozando–. Marcelo aprieta uno de los botones de la radio y cambia de sintonía.

–¿Sabe qué? Cambie usted la radio. Ponga lo que quiera. Nada de música romántica, eso sí. No quiero que lllore más.

Sin decir nada, la joven, que no debe tener más de veinte años, busca alguna estación que la convenza. Después de un rato de apretar el botón insistentemente, se detiene. Por los parlantes se escucha una canción de Francisca Valenzuela.

–Ah, a esa chiquilla yo la conozco. Mi hija, que tiene su edad más o menos, la escucha de vez en cuando–. La pasajera sonrío.

–¿Dónde me dijo que iba? –pregunta Marcelo.

–No le dije, no alcancé. Me puse a llorar antes. Qué vergüenza. Disculpe. Voy a Tobalaba con Bilbao –responde con voz triste.

–¿Le cuento algo? –pregunta Marcelo. Y sin esperar respuesta, comienza a contar la romántica historia que desde hace algunas semanas se teje entre sus carreras por Santiago.

Cada mañana, al salir de su casa, Marcelo emprende un rumbo sin definir. Transita por la Alameda desde el poniente hacia el oriente y deja que los pasajeros lo guíen. Maneja un taxi básico desde el que observa la ciudad y su ritmo.

Hace dos o tres semanas, después de llevar a un oficinista desde el centro de Santiago hasta Providencia y quedarse un rato dando vueltas por aquella comuna, se enamoró. Eso, al menos, es lo que le dice a Nicole, la pasajera que abordó el auto llorando hace algunos minutos en la esquina de Portugal con la Alameda y que ahora, después de escuchar el comienzo del relato de Marcelo, ha quedado atenta y expectante.

Nicole no se lo dice, pero Marcelo deduce que venía de la universidad y que su pololo, el que la había pateado, también estudiaba allí. Lo adivina por la mochila que carga y por su rubia cabellera. Tiene toda *la pinta* de estudiar en la Cato, piensa el conductor. No pregunta nada, no le interesa demasiado tener certezas sobre alguien a quien de seguro no volverá a ver, prefiere quedarse con sus deducciones. Sigue con su historia:

–Me enamoré, se lo juro –dice Marcelo ante la incrédula expresión de Nicole–. Yo venía de dejar a un pasajero, y cuando iba llegando a la esquina de Tobalaba con Bilbao encontré el amor.

Nicole lo mira y con los ojos todavía hinchados por el llanto, sonrío.

–¡Pero cómo se va a enamorar así! –comenta sorprendida.

–¡Se lo juro! Fue como amor a primera vista.

Marcelo registró en su cabeza la hora del fortuito encuentro amoroso y volvió a la misma esquina, a la misma hora grabada en su memoria los días siguientes. Guardaba la esperanza de volver a encontrar a la mujer de la que, como él decía, se había enamorado.

–Y volví a verla. ¿Me va a creer?

–¿Y se subió al taxi?

–Se subió al taxi. La tercera vez que la ví, se subió al taxi. La he llevado dos veces ya. Me reconoce y nos saludamos, pero todavía no me atrevo a decirle nada. O sea, hablamos obviamente, porque yo soy bueno para hablar. Pero no me he declarado ni nada. Me da un poco de vergüenza.

–Yo creo que debería hacerlo –le dice Nicole, que ya parece haber olvidado el llanto de hace diez minutos atrás.

–¿Usted cree? No sé...

–Sí, no pierde nada. Ya hizo tanto yendo a buscarla acá todos los días, esperando que se subiera a su taxi, que yo creo que tiene que arriesgarse.

–Bueno...no sé, tal vez. Pero ¿ve? El amor puede aparecer en cualquier parte. Si apareció para mí que soy un viejo feo, que vivo acá, arriba del taxi ¡Imagínese usted, que es joven y bonita! No se achaque por tonteras. Ya va a ver cómo todo se soluciona.

–Puede ser.

–Ya, acá estamos. Bilbao con Tobalaba, la esquina del amor –dice Marcelo sonriendo.

Nicole se ríe, mira el taxímetro y paga el viaje. Antes de bajarse, pregunta:

–¿Cuál es su nombre? –Marcelo responde y agrega:

–¿Cuál es el suyo?

–Nicole –contesta ella. Se despiden. Nicole le da las gracias y camina. El taxista retoma la marcha y la pierde de vista para buscar a alguien más a quien llevar.

Lo Ovalle, Gran Avenida, Departamental

Del espejo retrovisor cuelgan dos rosarios que la acompañan en las idas y vueltas diarias. Sobre el tablero delantero del auto, arriba de la guantera ubicada frente al asiento del copiloto y mirando hacia la calle, va la pequeña figura de un perro que mueve la cabeza de un lado a otro.

Entre su asiento y el del copiloto - que ahora yo ocupo - deja las monedas que junta durante las carreras. Hay de cincuenta, de cien, de quinientos, unas pocas de diez. Se tambalean con cada frenada brusca, se mueven cada vez que el auto dobla. El ruido de las monedas yendo de un lado a otro se mezcla con la música que sale por los parlantes del auto. La pequeña pantalla incorporada a la radio dice que se ha sintonizado la 88.1.

–Yo soy ochentera –me cuenta Helga mientras viajamos–. Me gustan los Depeche, me gusta Duran Duran, los Smiths, los Pet Shop Boys...Y rara vez pongo la radio, ah. Soy más de andar con mis discos acá en el auto. Pero de vez en cuando busco música en la radio y la dejo donde encuentro algo que me guste.

Helga tiene las uñas pintadas de color rosa, un tenue labial del mismo tono y una delicada línea de color negro que, dibujada sobre sus párpados, hace destacar sus ojos verdes. El pelo rubio, lacio y largo cae sobre sus hombros sin ninguna amarra. Lleva puesta una gruesa chaqueta sobre la que alcanzo a ver la correa de un pequeño bolso que cuelga de su hombro y en el que atesora los billetes que reúne durante el día.

Está lista para empezar el recorrido otra vez. Son las tres de la tarde y su jornada arriba del colectivo comenzó a las siete de la mañana. Su día, a las seis, hora en la que despierta para desayunar con Cristián - su marido -, Cristián y Diego - sus hijos de veintiuno y veintitrés años.

–Familia de hombres, trabajo de hombres, mundo de hombres –me dice Helga riendo–. Vengo de un mundo de hombres y me metí en este otro mundo de hombres. Bueno...cuando niña no era tan así. Viví con mis dos hermanas, mi madre y mi padre. Las mujeres éramos mayoría. Pero me casé súper joven, a los veintidós o veintitrés años y formé una familia de hombres. Estudié comercio exterior y trabajé en ese rubro durante ocho años. Aprendí *ene* durante ese tiempo. Hablo inglés y un poco de alemán. Era un trabajo muy, muy entretenido, pero lo dejé para dedicarme a ser mamá de Cristián, primero, y de Diego, después. Yo siempre he sido terriblemente independiente. Eso lo aprendí de mi familia, de mis abuelos, principalmente. Mis abuelos son españoles, inmigrantes y de esos inmigrantes muy trabajadores. Ellos siempre me inculcaron que para conseguir algo había que trabajar y yo hice caso.

–¿Va saliendo? –pregunta una mujer que se asoma por la ventana que está a mi lado. Acaba de salir de la estación Ciudad del Niño y corrió hacia el paradero de colectivos.

–Salimos *altiro* –contesta Helga sonriendo. La mujer sube al recorrido 9020: Lo Ovalle, Gran Avenida, Departamental.

–Hola, buenas tardes. Se paga, por favor –dice la pasajera extendiendo sobre el hombro de Helga un billete de mil pesos.

–Buenas tardes –responde Helga. Recibe el billete, lo guarda en su pequeño bolso, saca cuatrocientos pesos del improvisado contenedor de monedas y se los entrega a la mujer.

–Muchas gracias. Me deja en Carmen Mena, por favor.

–¡Ah, va acá cerquita! –responde Helga, encendiendo el auto.

–Sí, sí, por acá nomás –dice la mujer.

–¿Cómo está mi reina? –pregunta de pronto y a viva voz uno de los colegas de Helga bajándose del auto que acaba de estacionarse adelante nuestro.

–Bien, bien. ¿Cómo *estai* tú? ¿Cómo están tus niños? –pregunta Helga, asomando la cabeza por la ventana, justo antes de partir.

–Todos bien, ¿y los tuyos? ¿Están internados ya?

–Todavía no. El Cristián parte el internado de kinesiología el próximo año –responde Helga–. ¡Nos vemos a la vuelta, Jorgito! Estoy con una pasajera –agrega y acelera.

El hombre hace un gesto de despedida con la mano y Helga observa por el retrovisor cómo su figura se aleja.

–Ese es el Jorgito –me explica la conductora–. Simpático Jorgito. Hace el mismo recorrido que yo. Así son las paradas: conversamos, nos reímos, nos preguntamos por los hijos. Con el tiempo hemos ido formando una familia con mis compañeros. Si al final, ¡uno pasa más tiempo acá que en la propia casa! Nos ayudamos y nos protegemos harto, si quedo en *panne* por ahí, pego el grito por radio y llegan corriendo.

“Bueno, y como te decía...”, me dice Helga, retomando nuestra conversación. “Cuando el Cristián y el Diego crecieron un poquito me decidí a hacer algo y todo coincidió. Mi papá, que

había jubilado joven por una enfermedad a la columna, se dedicó un par de años a manejar un colectivo, pero se aburrió y quiso vender el auto. Se lo compré y así empecé en esto. Me asocié con un conductor y él manejaba mi auto, a los pocos meses el negocio empezó a ir mal. Ganaba cada vez menos plata y el tipo que me manejaba el auto me decía que era porque en realidad el negocio no era tan bueno. Un día decidí averiguar por mí cuenta qué tan malo era el negocio. Agarré el auto y salí. Gané cincuenta mil pesos en una hora. *Caché* que este tipo me estaba mintiendo y le dije que hasta ahí nomás llegaba el trato.”

Fue entonces cuando Helga decidió ser conductora y manejar el negocio por su cuenta.

“Cuando le conté a mi marido que me iba a dedicar a esto, casi se murió. Dijo que era peligroso, que le daba susto, que no era necesario, que de plata andábamos bien. Pero a mí me dio lo mismo. Ya me había *entrado el bichito* y no iba a parar.”

Helga logró que la admitieran en la línea de colectivos en la que ahora trabaja y aunque dice que ha logrado ganarse un espacio, reconoce que el comienzo fue difícil.

“Era la única mujer y me odiaban. Me hacían la carrera, que es cuando te siguen para quitarte pasajeros. Me declararon la guerra desde el primer momento. Incluso, le pagaron a una pasajera habitual para que hiciera reclamos en mi contra. Le decía al encargado de la línea que yo era irrespetuosa, que siempre atendía de malas ganas, cosas de ese tipo. Yo me enteré porque después ella me contó y me pidió disculpas. Entendí que tenía que ganarme el respeto de mis compañeros siguiendo sus propios códigos, jugando su propio juego. Dije: si me hacen la carrera voy a *aperrar*. Y eso hice. Un día uno de mis compañeros me siguió y comenzó a quitarme pasajeros. Aceleré, aceleró y así nos fuimos. Le gané todos los pasajeros de la ruta y cuando llegamos al final de la ruta me pidió disculpas. Nunca más nadie me molestó”, me cuenta Helga.

“Poco tiempo después de eso llegué a ser presidenta de la línea y luego me convertí en la secretaria de la Federación de Colectivos de la zona. Llevo años en esto, tengo dos autos, dos patentes en el negocio y dos acciones. Me ha ido bien en esta *pega*, con mi marido hemos logrado

que los niños ya estén terminando la universidad. Son buenos niños y eso nos tiene muy tranquilos.”

–Disculpe, ¿ya estamos en Carmen Mena? –interrumpe la pasajera.

–¡Chuta, verdad!, casi nos pasamos por ir metida acá en la *conversa*!. Sí, acá es. Cerquita del metro, ¿ve?

–Súper cerca. Oiga, la felicito. Está muy bien ser independiente y hacerse respetar.

–Gracias, gracias –responde Helga riendo–. Que le vaya muy bien.

–Igual a usted –dice la mujer antes de bajar del colectivo.

Helga pone el auto en marcha nuevamente. “Valió la pena pasarlo mal al principio. Fue un comienzo difícil, pero no me rendí porque sabía que esto no solo lo hacía solo por mí, sino también para abrirle camino a otras mujeres en este rubro”, me dice orgullosa.

Coincidencia

Espera la señal de uno de sus compañeros y echa a andar el auto. Es la décima carrera del día. Cruza la ruidosa y transitada Gran Avenida, emprende el rumbo por Av. Lo Ovalle hacia el oriente. Al llegar a Departamental una pareja hace parar el colectivo. Helga detiene el Chevrolet Corsa que maneja hace cinco años. Los pasajeros suben.

–Buenas tardes –dicen ambos al mismo tiempo.

–¡Buenas! –contesta Helga con los ojos puestos en el retrovisor.

El pasajero estira un billete de mil pesos.

–Se paga –dice el pasajero, mientras estira un billete de mil pesos sobre el hombro de la conductora–. Vamos hasta Pedrero.

–Serían mil doscientos, entonces, caballero –responde Helga sin quitar la vista del camino.

–Ah, chuta. Disculpe. Acá están los doscientos que faltan. Vamos hasta Pedrero –repite el hombre.

–Ok –responde Helga y deja caer las monedas de cien pesos en el espacio disponible entre su asiento y el del copiloto. El billete lo guarda en un pequeño bolso de cuerina negra que cuelga de su hombro y cae sobre su regazo.

El hombre y la mujer que acaban de subir conversan entre ellos, hablan bajo, casi murmuran. No dan espacio para una intervención. Helga lo entiende y no interviene. Los tres avanzan un par de cuadras hasta que una adolescente que espera de pie en la vereda, estira el brazo y extiende su dedo índice para señalarle al auto que se detenga.

–Buenas tardes –dice Helga animada

–¿Cuánto es? –pregunta la pasajera sin responder el saludo.

–Seiscientos –responde la conductora. La joven paga sin decir nada.

Helga recibe el dinero. Cuenta sin mirar. Los años arriba del colectivo la han ayudado a desarrollar la habilidad de reconocer las monedas con sus manos. Toca las que acaba de entregarle la joven pasajera: son seis, son de cien. Guarda el dinero y mira a través del espejo retrovisor. Se da cuenta de que la joven que acaba de subir al auto está llorando. Su llanto es casi imperceptible, las lágrimas caen y ella, avergonzada, se lleva las manos a la cara intentando secarlas. Helga no sabe si la pareja de al lado alcanza a notarlos. Le parece que no. Ellos continúan conversando, como si no hubiera nadie más arriba del colectivo.

–Llegamos a Pedrero –anuncia Helga.

–¡Ah, chuta, no nos habíamos dado ni cuenta! –dice el hombre riendo.

–¡Casi me los llevo a la casa! –bromea Helga.

–Muchas gracias –dice la pareja antes de bajarse y cerrar la puerta con fuerza.

–¡Casi la dan vuelta! –dice Helga, refiriéndose al ruido de la puerta e intentando comenzar una conversación con la joven.

Mira por el retrovisor para ver cómo reacciona, pero le parece que está ausente, que no oyó lo que le dijo y que, probablemente, no haya oído nada de lo que conversaba la pareja que ahora camina hacia el metro con paso acelerado, arrancando del frío de aquella tarde de invierno.

El colectivo continúa su ruta por Av. Departamental. Helga no dice nada, no se atreve tampoco a poner música. Cada tanto, mira de nuevo por el espejo retrovisor y confirma que su pasajera no ha dejado de llorar. Una cuadra antes de llegar a Av. La Florida, la joven le pide a la conductora que se detenga.

–Me deja en el metro Macul, por favor –le dice con la voz quebrada.

Helga no espera a llegar donde ella le indica. Se desvía del camino y se estaciona en una calle con poco tránsito.

–Le dije que en el metro –dice la pasajera.

–No se preocupe –responde Helga– ahí la voy a dejar, pero después de que usted me cuente por qué tiene tanta pena. Yo ya me di cuenta de que venía llorando. ¿Por qué *vení* llorando, chiquilla, si *erí* tan re joven y bonita? Apuesto que no *tení* más de diecisiete o dieciocho años, la edad de mi hijo menor. Ya, cuéntame por qué vienes llorando, porque no voy a dejar que te vayas hasta que conversemos.

Hablaron casi una hora. La pasajera le contó que tenía depresión hace algunos años y que a veces le venían unas ganas de llorar medias raras que la pillaban en cualquier parte. Helga quiso saber si había algún problema en su casa, en el colegio, con su pololo, o con sus amigos. Ella le dijo que no se llevaba mal con sus papás, le contó que le faltaba poco para salir del colegio y que no sabía qué iba a hacer después de que eso pasara, pero que tampoco le preocupaba demasiado. Dijo que estaba decepcionada de la vida, que no tenía ganas de nada. Que todo le importaba muy poco y que eso le daba mucha pena.

–¡Pero chiquilla! Tú *tení* dos manos y dos piernas. Eres una niña muy bonita, eres una persona única y esa es suficiente razón para tener ganas de hacer algo con tu vida. Eres joven, te queda un montón por vivir, un montón de gente por conocer. Ni siquiera tienes algún problema que *podai* identificar. El único problema es que te *estai* inventando problemas. *Tení* que salir adelante. Las mujeres somos fuertes, tiramos siempre *pa'* adelante. No te *podí* quedar con esa pena. *Tení* que dejar de llorar y darle nomás.

La joven dejó de llorar y Helga la llevó hasta la puerta de su casa. No volvieron a encontrarse y, aunque cada tanto Helga rememoraba esa tarde, el paso del tiempo mermó la frecuencia con que el recuerdo de la muchacha venía a su memoria. Los meses pasaron y el invierno que dio lugar a ese fortuito e inesperado encuentro, abrió paso a una tibia y esplendorosa primavera, que fue seguida por un verano -que como todos- despobló Santiago de a poco e hizo bajar notoriamente el número de pasajeros que abordaba el colectivo de Helga. Durante una de esas calurosas tardes de lento flujo de transeúntes, un hombre subió al colectivo.

–Buenas días caballero –saludó amablemente Helga.

–¡Buenas! Se paga, por favor –respondió el pasajero. Helga, como siempre, recibió las monedas, las contó, las guardó y avanzó sin preguntar al pasajero hasta donde viajaba. Por unos segundos, ambos permanecieron sin hablar.

–Oiga, ¿le puedo hacer una consulta? –preguntó el hombre, rompiendo el silencio del viaje.

–Dígame, nomás.

–¿Usted es la única mujer de acá, de esta línea?

–La única.

–Ah...y usted, por casualidad, ¿se acuerda de haber llevado alguna vez, hace unos siete, ocho meses, a una niña que venía llorando?

Helga se acordó sin hacer ningún esfuerzo. Por meses, había esperado encontrarse con la pasajera de la que ahora este hombre canoso y cincuentón le hablaba. Después del recuerdo lo que vino fue esa sensación que se tiene justo antes de recibir malas noticias. Se suicidó, pensó sin darle más vueltas. Se suicidó y él me lo va a decir ahora, va a lanzar ahora la noticia y no voy a saber cómo reaccionar. En dos o tres segundos de silencio, ensayó en su cabeza una serie de acciones posibles: voy a tener que parar el auto, estacionarme en algún lado, preguntarle que quién es él, que cómo supo que yo conversé con ella. Ni siquiera le pregunté el nombre a la chiquilla, pensó Helga.

–¡Claro que me acuerdo! –respondió la conductora con disimulada angustia.

–Señora, muchas gracias por lo que hizo –dijo el hombre que sentado atrás, con el cuerpo inclinado sobre el asiento de la conductora la miraba con ojos brillantes y vidriosos– Yo soy el

papá de esa niña, ¿sabe? Ella entró a la casa ese día y nosotros *altiro* notamos que venía con buen ánimo. Nos contó lo que le había pasado, que se había encontrado con usted arriba de este colectivo y que usted la había convencido de hacer algo con su vida. Ella ahora trabaja conmigo en la feria, yo tengo un puestito, ¿sabe? Además, va a empezar a estudiar. ¡Entró a la universidad y va a estudiar! Con mi señora estamos muy agradecidos y yo hace tiempo quería encontrarme con usted. Por fin logré tomar el mismo auto que mi hija.

Helga no dijo nada. Trató de mantener la atención en los movimientos necesarios para seguir firme en la pista por la que transitaba, intentó no despegar los ojos del camino, pero se requerían grandes esfuerzos para no concentrarse totalmente en lo que acababa de escuchar.

–¡No se lo puedo creer! Qué alegría, caballero. Qué bueno saber que su hija está bien. Yo me he acordado de ella varias veces. ¡No se lo puedo creer! –repitió Helga una y otra vez.

–Y gracias a usted. ¡Que no se le olvide nunca! –dijo el hombre– Déjeme por acá, nomás. Yo no voy a ni un lado, lo único que quería era darle las gracias por lo que hizo por mi chiquilla.

Helga detuvo el auto. El hombre bajó y recién ahí pudo observarlo con mayor detalle: era moreno, de estatura media, ojos oscuros y expresivos. Ambos sonrieron y se despidieron haciendo un gesto con la mano. Helga lo vio alejarse a paso firme por Departamental hacia Av. La Florida. Ella se quedó ahí un momento, y sentada frente al manubrio pensó en el encuentro que acababa de tener. Estaba segura de que era lo mejor que le había pasado arriba de su colectivo. Nunca pensó que desde ahí, manejando por las mismas calles de siempre, iba a lograr cambiarle la vida a alguien.

Así me lo cuenta Helga y yo, que voy sentada en el puesto del copiloto mientras recorremos Departamental por tercera o cuarta vez en el día, intento adivinar en qué esquina se habrá subido la joven protagonista de su historia, me pregunto si alguna vez volverán a encontrarse. Observo a Helga y en sus gestos, y en su mirada, y en sus manos, y en su voz noto la emoción de su recuerdo. Arriba del auto se produce un silencio breve que es interrumpido abruptamente cuando la pasajera que va sentada en el asiento trasero nos cuenta que debía bajarse dos paradas más atrás, pero que se quedó para escuchar el final del relato de Helga. Nos reímos y se despide:

–Déjeme por acá nomás, ojalá nos veamos otra vez.

9020

Juan vio a Juana por primera vez mientras ella ayudaba a su familia a descargar la camioneta en la que traían lo necesario para instalarse en una nueva casa. Ella es la vecina nueva, él ya le echó el ojo. Se encuentran en la plaza, en el almacén, en la mañana, vestidos de escolares, camino al colegio. Se miran, se saludan, conversan. Se besan, conversan más, se enamoran. Es 1985. Ella tiene 13, él 18. Pololean cinco años a escondidas y uno con permiso del papá de Juana.

–Después de eso nos casamos. Llevamos veinticinco años casados. Al principio, su papá me hizo la cruz, pero al final, me lo gané –me cuenta Juan con una sonrisa pícaro, mientras dobla el paño con el que limpia el Nissan V16 que acaba de estacionar en la esquina de Callejón Lo Ovalle con Gran Avenida.

En la vereda, justo al lado del auto de Juan, hay un quiosco atendido por un anciano que no se quita el cigarro de la boca. Juan lo saluda y le hace una broma. El hombre contesta con una sonrisa. En uno de los costados del quiosco se lee un aviso: “se busca joven para lavado de autos. Con experiencia. Lunes a sábado: \$280.000 + propinas”.

Son las cuatro de la tarde. Juan acaba de llegar de su hora de colación. Viene desde su casa, la misma en la que vivía cuando conoció a Juana y a la que tuvo que volver -con su esposa y su hija, Catalina- hace un par de meses después de que su madre enviudara.

–Vivo en el paradero veintisiete de Gran Avenida. En La Bandera. Cerquita de acá –dice, y se acomoda los lentes mientras sigue limpiando el parabrisas con esmero–. ¿Quedó *impeque*, o no?

A medida que el tiempo avanza, taxis y colectivos se detienen. Los conductores se bajan, saludan a los colegas, toman pasajeros y parten otra vez. Juan no pierde oportunidad de conversar y bromear.

–Soy bueno, bueno *pa’ la talla*, me gusta hacer más grato el trabajo. Me lo paso echando *tallas* por el radio. Un tiempo lo habían prohibido, porque algunos eran muy desubicados y hay cosas que no se pueden decir con pasajeros arriba. Yo soy simpático, pero nunca desubicado. Siempre digo las cosas con respeto, así que soy el único autorizado para hacer bromas por radio. En el auto igual converso hartito. Ahí, generalmente, se conversa de cosas entretenidas, para reírse, para pasar el rato. Es bueno conversar porque así se hace corto el trayecto.

Juan comenzó a manejar colectivos hace cinco años. Hasta entonces había trabajado cargando y descargando camiones. “Pero la *pega* se puso mala. Las *lucas* no alcanzaban, así que me puse las pilas y me compré un autito para trabajarlo”, me cuenta.

Me instalo en el asiento del copiloto y de inmediato noto que el interior de su auto luce igual de impecable que el exterior. Los asientos están cubiertos con fundas que impiden que el tapiz se ensucie, el volante lleva un cubremanubrio y del espejo retrovisor, junto al clásico pinito aromático, pende un crucifijo de madera y la medalla de la Virgen del Carmen, patrona de los conductores.

Comenzamos a avanzar y Juan no tarda en conversar, me habla de su vida, de su esposa y de su hija. Las palabras surgen con naturalidad, fluyen con una facilidad y una soltura que me sorprende. Es la primera vez que nos vemos y él muestra una confianza difícil de conseguir en un primer encuentro.

“Con mi señora, participamos en una capilla que está en el paradero veintiocho de Santa Rosa. Un tiempo, incluso, fui presidente de la pastoral. Llegamos ahí cuando empezamos a ver la posibilidad de adoptar. Tuvimos muchos problemas con mi señora en ese tiempo. Yo soy el que tengo problemas para tener hijos, entonces sentía que la estaba atando, me sentía frustrado porque pensaba que por mi culpa le estaba arruinando a ella el sueño de tener hijos. Yo no soy un fanático religioso ni nada de eso, pero me gustaba la idea de ayudar a los demás, entonces empezamos a hacer retiros, nosotros éramos los monitores. Ahí conocí gente que dejó el trago, que se reencontró con su familia, que superó cosas difíciles de enfrentar y a mí me dejaba contento poder ayudarlos en ese proceso”, me cuenta.

Después de muchos trámites y varios años de espera, Juan y su esposa consiguieron adoptar a una niña.

“Ahora está en cuarto medio, a punto de terminar el colegio. Juega *hockey* patín en un club que está en La Pirámide y el próximo año quiere entrar a estudiar terapia ocupacional. Pero quién sabe, uno nunca sabe con los hijos...uno intenta darles lo mejor, trata de que se vayan por el mejor camino, pero no siempre resulta. Yo le tomé el peso a esas cosas un día manejando el colectivo. Una noche, como a las once, yo iba subiendo hacia Tobalaba y me hizo señas una pareja de jóvenes. Yo iba con pasajeros, pero me faltaban como dos cuadras para terminar el recorrido, así que les dije que si me esperaban, los podía recoger después. En eso quedamos. Pasé a la vuelta, pero resulta que cuando volví ella estaba sola. Debe haber tenido unos dieciocho, o diecinueve años la niña. Yo paré, ella subió y se durmió. Yo sentí olor a trago... ¡y claro po’! Venía muerta. Bien, bien *curá’*. Chuta, pensé. Se me quedó dormida y yo no hallaba qué hacer. Pensé en ir a Carabineros porque se me ocurrió que una situación así me podía traer problemas. Se supone que no puedo llevar a nadie en estado de ebriedad, pero tampoco podía dejar a esta chiquilla *tirá’* acá, así que mejor ir a poner una constancia *altiro*. En eso estaba, cuando sonó el teléfono de la niña. Era el papá, contesté yo y le dije: *estése* tranquilo, caballero. Él vivía en Las Industrias, así que partí y llegué allá en tres tiempos”, recuerda Juan con detalles.

–Bájate del auto. ¡Cómo se te ocurre dar todo este espectáculo! –dijo el papá de la joven pasajera de Juan.

–Señor, disculpe que me meta, pero no creo que saque *na’* mucho diciéndole cosas en este estado. Yo entiendo que esté enojado y preocupado, yo también soy papá de una niña que debe tener un poco menos que la suya, pero así como está no creo que saque *na’*. Mejor conversen mañana. ¿Viven cerca de acá? –preguntó Juan.

–A un par de cuadras –respondió el hombre.

–¡Yo los llevo!

–No, no. Cómo se le ocurre. No se preocupe. Usted ya ha hecho suficiente por nosotros.

–No, no, yo los llevo. Mire cómo está la niña. No la puede cargar en esas condiciones –insistió Juan–. Súbanse y yo los llevo. Si total, no me cuesta *na’*.

Los tres emprendieron un viaje corto y silencioso. Al bajar del auto, el papá de la joven tuvo la intención de pagar los viajes y la generosidad del conductor del recorrido 9020. Juan se negó.

“Como a los dos días, pasé por Av. Las Industrias de nuevo y me los encontré esperando un colectivo. Paré y se subieron. Conversé con la niña y me pidió disculpas por las molestias y el mal rato. Yo ahí le conté que también tengo una hija, que es más o menos de la edad de ella y en ese estado, así como estaba, podría haberle pasado cualquier cosa. Con su papá nos hicimos amigos, él toma al menos una vez a la semana el colectivo. Con la niña, de vez en cuando, nos topamos y conversamos. A veces nos acordamos de lo que pasó y nos reímos, a ella hasta se le quitó la vergüenza. Se llama Marianela”, dice Juan mientras nos acercamos a Av. La Florida.

“Yo a la Cata siempre le converso, intento que haga las cosas de la mejor forma posible, pero estoy convencido de que es uno el que se forja su futuro. Con mi señora no podíamos tener hijos, la Cata llegó cuando tenía un mes y ocho días, después de muchos trámites, después de mucho tiempo de andar buscándola. Cuatro años nos demoramos en encontrarla y en que nos encontrara. Ahora ya está grande mi Catalina. Va a cumplir dieciocho en noviembre. *Pa'* mí ha sido algo bien bonito verla crecer. ¿Cómo es ese dicho? ¿Que cuando a uno le cuestan las cosas las valora más? ¿Así es, cierto? Bueno, yo soy un agradecido de la vida. A pesar de que la he visto bien fea a veces, le agradezco hartito a Dios la vida que me dio.”

El Ruso

—¡Cachu! Cachu, ven *pa'* acá, cómete eso que te dejé ahí. ¡Cachu! ¡Cachu, ven! Este es mi Cachu. Mi Cachupín —me dice Carlos riendo—. Lo adoptamos acá con los chiquillos. Es de todos. Viene, come y se va. Perro traidor nomás. Es un *interesa'o*.

Son las nueve de la mañana. Carlos está en medio de uno de sus breves descansos de la mañana y aprovecha el receso para alimentar a Cachupín. Acaba de llegar de la estación de metro El Sol, en Maipú, y se prepara para volver allá dentro de quince minutos. En ir y volver se demora, a esta hora, unos treinta y cinco o cuarenta minutos. El acelerado ritmo de la mañana ya

ha bajado bastante. Escolares y trabajadores a esta hora ya de seguro llegaron a sus destinos y comienzan una jornada más. En este horario lo que más ve Carlos arriba de la micro son universitarios.

–Esos parece que entran más tarde –me cuenta–. En realidad, tanto no sé porque soy un hombre que habla poco. Soy más bien solitario, ¿ve?. *Piola*, como se dice. ¿Así se dice, cierto? Sí, soy bien *piola*. No converso mucho, hay pasajeros que conversan, pero yo los dejo hasta ahí nomás. Hola, buenos días y sería todo. No me gusta meterme mucho con nadie ni que nadie se meta mucho conmigo. El Cachu me gusta por eso, porque viene, yo le sirvo su comida, él se la come, me mueve la cola y se larga. Bien independiente. Eso me gusta. Soy una persona bien independiente y no me gusta que nadie dependa de mí, ¿ve?

Carlos lleva puesta la *parka* de la empresa de buses para la que trabaja. Es verde y gris, gruesa y abultada. Lo hace ver más grande de lo que es, más robusto. Lleva, además, un gorro recubierto con piel sintética. Es un gorro de tipo ruso, grande y particular. Es el único chofer de su recorrido que lo usa y por eso, aunque probablemente él no lo sepa, varios pasajeros lo reconocen. Carlos trabaja entre las seis de la mañana y las dos o tres de la tarde. “Depende cómo estén mis ganas”, dice él. “A veces me voy como a las dos, a veces me quedo otro rato. Soy libre, ¿ve?, independiente. Así soy yo.”

Durante los recorridos va en silencio. Evita conversar con los pasajeros, evita también el trato con sus compañeros. Se queda en el saludo y las despedidas. Con eso le basta. Después del trabajo toma el auto que deja estacionado en el paradero terminal del recorrido y maneja hasta su casa. Demora diez minutos. En su casa nadie lo recibe. Su mujer a esa hora está en el trabajo. Él cocina, almuerza y se dedica a lo que más le gusta.

–Me encanta la música. Toco guitarra, toco bajo, toco armónica, toco teclado. De todo toco. De todo he aprendido solito. Soy independiente para todo. Me gusta tener mi libertad, por eso trabajo en este horario, para tener toda la tarde libre y dedicarme a hacer lo que me gusta sin que nadie me moleste. ¡Si ni mi mujer está! Y qué bueno porque me aburre a veces. Los fines de semana ligerito le digo: ya, ya, déjame un rato solo que quiero hacer mis cosas. Así soy yo. Me

gusta la soledad. Me casé dos veces y ahora estoy emparejado por tercera vez, a punto de dejarlo hasta ahí nomás sí...porque sí, porque ya me aburrí.

Carlos tiene tres hijos. Dos hombres del primer matrimonio y una mujer del segundo. Tiene noticias de ellos cada tanto, pero los ve poco.

–Sé que están todos bien y con eso me basta. Tengo muy buena relación con todas mis ex, pero yo ya no me caso más. Con dos veces es suficiente. Pololear sí, eso sí que sí. Eso siempre. Es que yo fui muy pololo siempre, toda mi vida he sido así. Independiente, pero pololo –dice riéndose bien fuerte–. Soy bien mañoso también, aunque no me gusta joder a nadie y que nadie me joda. Ahora, por ejemplo, en la tarde, me voy a encerrar a tocar teclado. Toco de todos los estilos. Si me gusta una canción, intento sacarla hasta que me sale. Con la guitarra soy igual: insisto hasta que lo consigo.

Carlos mira a su alrededor y se dirige al perro:

–¡Oye, Cachu! ¿A qué hora te *bajai*, perro *patú'o*? ¡Este cree que uno no tiene que trabajar! Se da los medios banquetes acá arriba de la máquina. Claro, como él tiene todo el tiempo del mundo...

El perro se mueve a sus anchas por la micro, va de un lado a otro y se escabulle entre los asientos.

–¡Cachu! *termináte* esa *comí'a*, que ya me tengo que ir– le grita Carlos. Cachupín obedece y corre hacia la parte delantera de la micro. Con ansias se devora lo que queda de la porción de comida que Carlos le sirvió hace un rato sobre una hoja de diario tendida sobre el piso de la micro. Termina y corre hacia donde está el conductor, se mete entre sus pies, salta a su alrededor, ladra.

–Ya, bájate, Cachu. Ya comiste, ahora te *bajai*. Después nos vemos.

–¡Estamos!– grita desde la calle el hombre encargado de controlar la frecuencia de salida de las micros desde el paradero.

–¡Salgo *altiro!* –contesta Carlos, a la vez que voltea el letrero del parabrisas en donde se indica la dirección del recorrido. Ya acomodado frente al manubrio de la máquina, enciende la radio. Nos ponemos en marcha. Desde la vereda, el Cachu, que no deja de ladrar, ve cómo nos alejamos.

Se hace camino al andar

Frente al manubrio de la C20, Arturo siente que tiene control sobre su destino y el de sus pasajeros. Esa es la sensación que le produce manejar. Va cómodo y tranquilo guiando la máquina roja que corre desde Escuela Militar hasta el Parque Arauco. La micro aún está vacía. Los relojes incorporados en las pantallas de los sensores de la tarjeta Bip marcan recién las 6.30.

El día de Arturo comenzó tres horas antes, cuando después del sonido de la alarma se echó cama abajo y repitió la rutina de los días de trabajo: la ducha de las 3.30, un desayunito rápido, el beso de despedida con su esposa, Kathy, y listo. El reloj marca las 4.30 y el furgón de la empresa Red Bus lo espera en la puerta de su casa. Emprende el rumbo hacia el paradero de Escuela Militar en el que, a diario, le son asignadas las micros que deberá conducir durante el día y los recorridos que tendrá que concretar. Así son sus mañanas desde hace dos años y medio, fecha en la que decidió dejar de conducir su colectivo y comenzar en un trabajo un poco más estable que le permitiera asegurar su previsión. “Ya era tiempo de pensar un poquito más en el futuro”, me dice Arturo.

El tiempo que lleva al mando de las máquinas le ha permitido memorizar los recorridos a la perfección. En su cabeza están trazadas las rutas de desplazamiento de la C15, la C11, la C18, la C20 y la C22, su recorrido favorito.

“Me gusta porque las casas que se ven en ese trayecto son bonitas, los jardines son bonitos. Un día como hoy, por ejemplo, medio nublado, con hojas secas en el suelo...¡cómo no me va a gustar! Además, es tan distinto al lugar de donde vengo, a mi barrio. Súper diferente, acá hasta la gente es más bonita”, me cuenta riéndose.

Así como ha trazado en su memoria los recorridos, también ha registrado lo que ve a diario mientras los realiza. Sabe que bien temprano, cuando todavía está oscuro, las micros del sector van colmadas de obreros y nanas. Ellos, siempre más ruidosos y animados, generalmente le conversan. De cualquier cosa: de las noticias, de política, de la *pega*, del clima. Ellas generalmente son más tímidas y evitan cruzar miradas. Más avanzada la mañana, la composición de los pasajeros cambia, se mezclan estudiantes con gente que va o viene del Parque Arauco.

“Uno sabe que vienen del *mall* porque se suben ¡con una de bolsas!. Compran tantos zapatos por allá que yo creo que les faltan días *pa'* usarlos. Zapatos es lo que más compran, yo sé porque me fijo, les miro las bolsas. Leo las marcas y los nombres de las tiendas. Ahí uno *cacha altiro*. En esas cosas me fijo ahora, porque como paso tantas horas arriba de la máquina tengo que buscar cómo entretenerme.”

El día avanza entre idas y vueltas por Las Condes. Son las 11.30 y la micro va con la mayoría de sus asientos ocupados. Arturo se detiene en el semáforo y espera. Si calculó bien, otra luz roja lo frenará en la esquina siguiente. Mira el reloj que lleva integrado el tablero digital donde se registra cuál es el sentido del recorrido que comanda. Lo que ve lo deja conforme. Ha calculado bien. Luz verde. Avanza.

Dos mujeres van sentadas en los primeros puestos, esos que están justo detrás de la única barrera que separa a Arturo de los pasajeros: un vidrio en el que están pegadas dos láminas adhesivas sobre las que se imprimieron las trayectorias de ambas direcciones de la C20.

Una serie de eventos casuales llevó a las dos mujeres a encontrarse cuando la micro se detuvo dos paraderos más atrás. Se saludaron y desde entonces no han parado de hablar. Hablan fuerte, como si estuvieran en el *living* de alguna de sus casas. Se preguntan por sus hijos, por sus maridos y por sus nietos. Están todos bien. Las dos van de compras al Parque Arauco, las dos necesitan zapatos. Qué coincidencia, le dice una a la otra. Planean acompañarse a vitrinear y deciden almorzar juntas.

El resto de los pasajeros va absorto en lo suyo. Unos leen, otros van enchufados a los audífonos de sus celulares, una mujer se maquilla, dos pasajeros, superados por el cansancio del día que recién comienza, duermen. Yo observo desde adelante, sentada en el lugar más cercano al conductor. Nadie, además de las dos señoras de los asientos delanteros, conversa.

Una nueva luz roja detiene la marcha y, entonces, Arturo se felicita. Se da cuenta de la precisión de sus cuentas, del impecable conocimiento de las calles por las que transita y del control exacto que ejerce sobre cada destino que se le asigna. Acertó una vez más, anota otro triunfo en la lista imaginaria en la que, hasta ahora, figura invicto.

Empieza el espectáculo que ha motivado la serie de cálculos de Arturo. Aparece en escena un joven, flaco, alto y desgarbado, de pelo largo, rubio y revuelto. Lanza sobre su cabeza tres pelotas de contacto, las mantiene en el aire unos segundos, alternando con precisión los movimientos de sus manos. Luego, las deja caer sobre sus brazos. Las pelotas de goma vienen y van, se deslizan desde el antebrazo hasta la palma de su mano. Parecen no tocarlo. Desde su asiento, Arturo observa con atención todos los movimientos, mira como si estuviera sentado en la primera fila de un teatro en el que se ofrece un aplaudido espectáculo. Se siente privilegiado. Calculó tan bien, que su máquina es la primera de la fila de autos que la luz roja mantiene en espera.

Termina el acto de malabarismo y la micro retoma el recorrido, mientras Arturo me cuenta que aquel malabarista al que vimos lleva un buen tiempo trabajando en esa esquina. Ya nos conocemos y siempre nos saludamos, dice.

—A mí me encanta ver su *show*, y como ya sé los horarios en los que está, saco la cuenta y hago que todo calce para que a mí me toque parar en este semáforo justo cuando él hace sus malabares. Es bueno el *cabro*, así que siempre que tengo, le dejo unas *moneitas*. Mi hijo menor a veces también sale a ganarse su platita cantando con su guitarra en las micros, así que si uno puede, tiene que ayudar.

La jornada laboral de Arturo se divide en dos períodos de cuatro horas. Arriba de la máquina se distrae cantando y tarareando boleros, tangos o alguna melodía de Joan Manuel Serrat, su ídolo

musical. La costumbre de cantar y la facilidad para memorizar de principio a fin las letras del variado repertorio que maneja las heredó de su madre y su padre. “De mi mamá me quedaron los boleros y de mi papá, los tangos”, me dice con orgullo mientras por el parabrisas vemos a lo lejos el Hotel Hyatt.

Cantando arriba de la micro reemplaza la ausencia de la radio, mata las horas, anima los viajes y ha logrado ganarse los elogios de más de un pasajero. A Arturo no le importa si la micro va repleta o si maneja un bus completamente vacío. Él canta fuerte y entonado, repite firme y con fuerza “caminante no hay camino”. Jamás ha sentido vergüenza, la micro es un territorio de confianza en el que reina desde su asiento. Desde ahí observa el ir y venir de pasajeros, deduce orígenes y adivina destinos.

El gusto por la música es algo que comparte con Cristóbal, su hijo menor, el mismo que a veces recorre Quilicura arriba de las micros tocando guitarra, cantando las mismas canciones que su papá. Cristóbal está en su último año de colegio, es multiinstrumentista, pero su especialidad es el saxo y se prepara a diario para entrar a estudiar composición el próximo año. Arturo ha logrado hacer un espacio en su cancionero personal para las interpretaciones de Cristóbal. Ahora sabe quiénes son Art Pepper, Lester Young o Bud Powell. Reconoce a Chet Baker, Ben Webster, Thelonious Monk. Le gusta Duke Ellington, BB King y Ray Charles. Todos esos nombres tienen su espacio en las listas de reproducción que Cristóbal ha armado especialmente para él, para que las escuche después de llegar del trabajo.

“Quién diría que yo iba a aprender todas estas cosas, que iba a conocer toda esta música. Imagínese, ¡yo, un simple chofer de micro, un *patipelao* que ha vivido casi toda su vida en Quilicura...pero la vida es así: caminante no hay camino, se hace camino al andar”, me dice canturreando justo antes de llegar al terminal por cuarta vez en el día.

Costos

“Cuando chico, vivía a dos cuadras de la estación de metro San Pablo. Siempre me moví en metro y me acuerdo que cuando era niño lo tomaba vacío. Me podía ir sentado hasta que el tren paraba completamente y abría la puerta en la estación en la que quería bajarme. Ahora eso es impensado, hay que esforzarse para salir”, me dice Elías justo cuando el tren en el que vamos se adentra en el largo túnel oscuro que conecta Maipú con la Florida.

Apenas la cabina atraviesa el tramo en superficie de la ruta, Elías se quita la gafas oscuras que protegen sus ojos. Me explica que la poca exposición a la luz natural le ha traído algunas consecuencias, me cuenta que no soporta los cambios de luz demasiado bruscos, me dice que no puede subirse a la cabina sin esos lentes que ahora lleva puestos sobre la cabeza y que son tan oscuros como la vía por la que avanzamos a bordo del 74.

Entre los trenes en circulación, el 74 es uno de los modelos más antiguos. Sobre el mesón de operaciones de su cabina hay botones, palancas y viejos sistemas de comunicación por radio. “Este te comunica con la TCC, que es la Torre de Control Central; con este botón de acá uno pone el tren en modo manual, eso sirve para hacerlo partir cuando tiene alguna avería; esos otros botones casi nunca se usan; y por este micrófono que está acá yo hablo y los pasajeros me escuchan en el vagón”, me explica.

Elías tiene veintiséis años y los casi siete que lleva trabajando como conductor del metro se notan cuando habla de fallas frecuentes, de los protocolos de evacuación y de las emergencias. Se notan también cuando describe lo que observa desde la cabina:

“Hay diferencia entre los pasajeros de una línea y otra”, me dice mientras el tren se detiene en la estación Barrancas. “Yo creo que tiene que ver, sobre todo, con los sectores por donde transita cada una. Por ejemplo, en la Línea 2, la gente es más *choriza*, tiene un lenguaje más coloquial, más agresivo, te insultan, se sube gente borracha en los trenes...ese tipo de cosas pasa mucho. La Línea 1 es distinta. Como es la línea más antigua, la gente que la usa con frecuencia está acostumbrada a andar en metro y a comportarse en el metro. Esa línea avanza y a medida que se

acerca a Los Dominicos uno ve cómo varían los usuarios. Los pasajeros que se suben en San Pablo son completamente distintos a los que abordan el tren en Manquehue. Es la línea más diversa, la más transversal, viaja de un extremo a otro de la ciudad, y no hablo solo de un extremo geográfico sino también social.”

En 2008, Elías estudiaba Pedagogía en Física y para pagar sus estudios buscó un trabajo de verano que le permitiera ahorrar lo suficiente para costear otro año de carrera y, dando vueltas por Internet, encontró el aviso que hoy lo tiene al mando de este tren. Una semana después de postular lo llamaron y después de cuatro meses y medio de preparación se subió por primera vez al metro en el rol de conductor.

“Llegué hasta tercer año de Pedagogía. Fue un proceso bien complejo darme cuenta de que me había desencantado con la carrera. Cuando empecé a hacer las prácticas me di cuenta de que no iba a ser tan bonito ser profesor, de que es difícil llevar a la sala de clases lo que te enseñan en la universidad y de que a los profesores no los valoran. El sueldo que ganaba acá era lo mismo que iba a recibir siendo profesor, y no tenía que pasar malos ratos, ni me iba a llevar *pega* para la casa.”

“Se inicia el cierre de puertas”, repite la voz femenina que sale de los parlantes ubicados al interior de cada vagón. Antes de acelerar, Elías se asoma por la puerta de la cabina y se asegura de que nada ni nadie haya quedado atrapado entre las puertas. Mira por última vez el espejo retrovisor ubicado al inicio del andén y parte.

“A veces uno se aburre acá y cuando te aburres empiezas a buscar formas de distraerte. Eso es peligroso, porque uno pierde la atención que la conducción necesita. Hay conductores que hacen hasta ejercicio arriba de la cabina. La soledad, el encierro, el ir siempre muy pendiente de todo tiene un gran costo psicológico. Yo me he dado cuenta, por ejemplo, de que me he vuelto más sociable afuera del metro. Como acá hablo poco, afuera me lo hablo todo. Esta *pega* tiene costos psicológicos”, me dice Elías y hace una pausa, intentando recordar alguna situación que de cuenta de los costos psicológicos que menciona:

–Cuando llevaba como cuatro o cinco años manejando trenes, me tocó cubrir el turno de un compañero que se enfermó. Lo hice sin problemas y cuando estaba a punto de terminar el turno de reemplazo, uno de los pasajeros murió en el tren. Tenía unos cincuenta y cinco años, le dio un infarto. Yo iba manejando uno de los últimos trenes, eran como las 10.30 de un día de semana y había poca gente. En Parque Bustamante se activó un freno de emergencia y personal de estación llegó al coche donde se había accionado el freno, pero no pudieron reanimarlo, entonces tuve que ir yo a verificar qué había pasado para dar aviso a la Torre de Control Central. Me acuerdo de que el caballero era grande, robusto y la camilla que había en la estación no iba a soportar su peso. Mientras solucionábamos eso, murió. En el vagón había como tres pasajeros intentando ayudar, pero no pudimos hacer nada. El Puesto de Comando decidió mover el tren a Baquedano y ahí había un equipo de paramédicos que pudo sacar a la persona fallecida del tren y esperar en el andén al Servicio Médico Legal. Fue un poco traumático, me sentí muy frustrado por no poder ayudarlo, anduve varios días súper *bajoneado*.

Antes de salir de la estación terminal, Elías hace anotaciones en las hojas de una pequeña bitácora que lleva consigo. Registra el código asignado a la estación, la hora y el tiempo que le tomó recorrer las treinta estaciones y los treinta kilómetros de la cuarta línea de metro más larga del mundo: cuarenta y cinco minutos, con tres segundos. Al lado, agrega: recorrido sin novedades.

“Ya llevo siete años acá y hay cosas que se van acumulando. Yo no me he vuelto loco, pero todavía no pierdo la esperanza”, me dice riendo antes de bajarnos de la cabina.

Esas cosas simples

Desde la ventanilla que conecta la cabina con el resto del tren se pueden ver los vagones llenos. La extensión del tren, los fierros y los pasamanos alineados, la posición de los asientos y el movimiento de los carros proyectan una imagen sin fin.

El murmullo de las conversaciones entre los pasajeros queda silenciado por el ruido de las ruedas desplazándose a toda velocidad sobre los rieles. Frente a la mesa de conducción, luego de apretar botones y activar palancas, Roberto, casi gritando, me pregunta si alcanzo a escuchar algo de lo que dice.

“Cada vez que digo que trabajo en el metro, la gente quiere saber qué hago, cómo funciona, lo encuentran novedoso, les llama la atención. A mí me gusta mi trabajo. Es bonito, entretenido, siempre pasa algo distinto, no todos los días son lo mismo. Siempre hay algún problemita, alguna avería, que a uno lo saca de la monotonía. Sabemos que en cualquier momento puede quedar una *cagá*”, bromea Roberto.

Roberto es viñamarino, se vino a Santiago hace cinco años y después de trabajar de guardia e intentar probar sus habilidades como telefonista en un *call center*, comenzó a conducir trenes.

—Antes de partir, pasé por muchas entrevistas y tres meses de preparación en un curso donde se estudia *ene*. El curso es complicado, porque esto es complicado. No hay manuales en ninguna parte, esto no se aprende en ningún otro lugar. Hay que estar acá nomás para saber lo que es lidiar con la parte técnica y con la presión que significa llevar a cargo tuyo a todas estas personas. No es fácil entrar, menos conducir. Uno es consciente de que lleva a cargo a harta gente, siempre hay que estar atento, repasando cuáles son las fallas más comunes y cuáles son los procedimientos que cada una requiere. —Roberto se ríe— Me puse serio, *altiro*. Le estoy poniendo mucho, me puse grave —dice— No, pero de verdad, lo que más me gusta es que yo llego acá y dejo todos los problemas afuera, me concentro en lo que tengo que hacer y me despreocupo del resto. Me gusta mucho bromear, soy bueno *pa’ la talla* y aprovecho eso cuando estoy con mis compañeros, así nos relajamos y hacemos más corto el día. A mí en general se me hacen cortos los viajes, nunca ha sido tan terrible para mí ir solo en la cabina. Cuando me cruzo con algún colega en las estaciones lo saludo por radio, cuando me aburro un poco, canto, pienso. Eso sí que lo hago. Se piensa mucho acá arriba, pero no me complica. Me llevo bien conmigo. Me soporto todavía. A veces, igual me entretengo mirando lo que hacen los pasajeros arriba del vagón, me imagino para qué se subieron al tren, adónde van, en qué trabajan. Esas cosas simples. Cuando el tren para en las estaciones me ha pasado que reconozco a los pasajeros, hay algunos a los que veo todos los días, porque se

suben siempre en la misma estación y esperan siempre el tren parados en el mismo punto del andén. Casi nunca uno interactúa eso sí, porque es medio difícil desde la cabina. Además la gente sale corriendo, siempre están apurados y casi nadie conversa, pero a veces los pasajeros de mayor edad te dan las gracias o te saludan. Eso sí me ha pasado, los viejitos que van en los primeros vagones a veces se acercan a la puerta de la cabina y te agradecen cuando se bajan o te saludan cuando se suben. Así se me pasa el día rapidito. Ni siento los cuarenta y cinco minutos de cada vuelta.

Yo tampoco he sentido cómo ha volado el tiempo mientras conversamos y avanzamos en nuestro recorrido por el túnel. Al llegar a Baquedano, Roberto saluda al conductor que maneja el tren que está detenido en la vía contraria. Agita su mano en el aire y sonrío. Su compañero le responde y por radio, le dice algo que yo no alcanzo a entender del todo. Roberto se ríe a carcajadas y se despide justo antes de que el otro tren arranque. “Buenas tardes, señores pasajeros. Comienza el cierre de puertas”, dice por altavoz sin esperar a que la sonrisa se desdibuje de su cara.

Desde la ventanilla de la cabina se ve cómo los pasajeros se pelean un lugar dentro del vagón repleto, se ve la ansiedad del retorno a casa en cada rostro, se ve el cansancio del día a punto de terminar. Se ven todas esas cosas simples de las que habla Roberto. “Tren con destino Vicente Valdés, próxima detención metro Parque Bustamante. Antes de bajar revise no haber olvidado ninguna de sus pertenencias. Metro de Santiago le desea un buen retorno a casa”, dice bien fuerte una animada voz que sale por el altoparlante. Nadie parece escuchar.







CAPÍTULO II

LUGARES TRANSIENTES

El término “lugares transientes” refiere a aquellos espacios fijos por los que nos desplazamos durante el proceso de movilidad. Entre ellos se cuentan, por ejemplo, calles, parques y andenes de tren.¹⁶

¹⁶ JIRÓN, Paola, ITURRA, Luis. Op. Cit. en nota 14.

Ducha en la plaza

“Privilegiados todos ellos porque de estos corderos está hecho el rebaño de los casos omisos”

Enrique Lihn¹⁷

De a poco la plaza comienza a llenarse de escolares. *Jumpers* y pantalones grises desfilan sobre el pavimento, ocupan las bancas, rodean la pileta. Las palomas vuelan torpemente de un lado a otro y quienes se cruzan en su camino, las esquivan con poca habilidad. El ruido de las conversaciones se fusiona con el sonido del tráfico, personas entran y salen de la estación de metro sin parar. El calor de los últimos días de noviembre se deja sentir con fuerza.

A lo lejos, se le ve venir caminando por San Martín. Trae una toalla sobre uno de sus hombros y un balde de plástico vacío, que asido de la manilla se balancea de un lado a otro. Aunque sus pasos no son demasiado firmes y tambalea con cada movimiento, viene rápido, apurado como quien va decidido a cumplir con un trámite que ha postergado.

Se sienta en el borde de la pileta y se desanuda los cordones de sus pesados bototos. Se saca la polera y el chaquetón que lleva encima, se quita el cinturón y después el pantalón. Deja toda la ropa perfectamente doblada sobre el piso, cuidando cada pliegue, esmerándose en cada doblez. La escena transcurre frente a todos y, sin embargo, son pocos los que miran, son contados los que se atreven a entrometer sus ojos curiosos.

Se mete a la pileta, se sumerge y llena el balde que después se vaciará encima. En una de sus manos sostiene un envase de *shampoo*, lo aprieta y deja caer sobre su pelo, largo, sucio y desgarrado, el viscoso contenido que al rato se convertirá en espuma sobre su cabeza. Lo esparce con cuidado y, después de unos minutos, se enjuaga. Llena de nuevo el balde y vierte el agua sobre el cuerpo. Se toma su tiempo. En sus movimientos no hay signos de apuro, en sus gestos no

¹⁷ LIHN, Enrique (1983). Su limosna es mi sueldo. Dios se lo pague. En: El Paseo Ahumada. Ed. Minga. Santiago, Chile. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0009670.pdf> [consulta: 6 diciembre 2015]

hay señales de vergüenza. Repite el llenado y vaciado del balde unas tres o cuatro veces. Luego, toma la toalla y se seca el pelo, el torso, los brazos, las piernas. Se pone la polera, se calza los zapatos y se recuesta sobre una de las bancas. Allí, tendido, espera a que el sol seque sus calzoncillos. Espera, paciente, a que el tiempo haga lo suyo y el calor consiga evaporar la humedad retenida en su ropa interior. Al rato, se duerme y su presencia se omite. El cotidiano acto de una ducha ha sido espectacularizado ante la vista de nadie.

El quiosco más antiguo de Santiago

–Señora, ¿sabe dónde queda la calle Miguel Cruchaga? –pregunta un hombre mientras lee la dirección que lleva apuntada en un papel amarillo y arrugado.

María está distraída. Lo mira fijamente, pero no le presta atención.

–¿Señora?

–¿Ah? –le responde–. Disculpe joven, ¿qué fue lo que me dijo?

–¿Conoce la calle Luis Cruchaga?

–Luis Cruchaga...–María piensa unos segundos–. No, no sé, a ver... ¡Lucho! –grita hacia el interior del quiosco–. ¡Luchito, ven! Ayuda acá a este joven que está buscando una calle. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

–Luis Cruchaga.

–¡Eso, eso! Luchito, ¿tú ubicas Luis Cruchaga? –Luis se asoma a la calle y aparta al transeúnte del quiosco para darle las indicaciones.

–El Lucho conoce todo por acá, se ubica súper bien. Es que trabajó muchos años acá, acá mismo. Fue secretario del presidente de la Bolsa de Comercio. Pero quedó sin *pega* y ahora está acá conmigo, ayudándome con el quiosco –me explica María.

Está sentada a un costado de la máquina en la que almacenan bebidas, jugos y agua. Su pelo, abundante y canoso, cae suelto hasta los hombros. En su cara se dibujan los surcos que han dejado sus setenta y ocho años y en sus ojos se adivina una tristeza que cada tanto deja escapar las lágrimas.

Guillermina Silva, la madre de María, compró el quiosco cuando apenas tenía ocho años. Le costó treinta centavos. En ese tiempo, el pequeño puesto estaba ubicado en la entrada de Nueva York 52, edificio perteneciente a la familia Ariztía. “Una mansión de gente rica”, me dice María. “La madrina de mi mamá se casó con un millonario que trabaja en La Bolsa y, como ya no necesitaba el quiosco, se lo vendió.”

Guillermina estaba habituada al ritmo con el que se vivía en los alrededores de la Bolsa de Comercio de Santiago. Aprendió rápido a sacar cuentas y se hizo cargo del negocio. Años después el quiosco se trasladó a la esquina de Nueva York con La Bolsa y, hasta donde la familia puede reconstruir la historia, se cuentan ya setenta años de negocio familiar. “Es el quiosco más antiguo del casco histórico de Santiago”, me cuenta María con orgullo.

—Cuando mi mamá fue a parar al hospital nos juntamos todos. El Lucho, mis nietos, mi nuera y yo decidimos que no íbamos a vender el quiosco. Acá todo el mundo nos conoce, todos nos quieren mucho. La gente que pasa por acá todos los días se detiene y nos conversa. Preguntan por mi mamá, la echan de menos. Pasamos todo el día acá, tomamos desayuno con el Luchito, y después almorzamos acá también. Este negocio nos ha dado todo. Con esto me eduqué yo, educamos a mis nietos, esto es todo lo que somos. A veces me siento aquí y me doy cuenta de cómo se me ha pasado la vida, de lo vieja que estoy, de la gente que me falta. Este es el único espacio en el que siento que todavía puedo conectarme con mi madre. Yo dejé mi trabajo de enfermera para dedicarme a atender este quiosco, no quiero venderlo ni arrendarlo porque cuando vengo para acá me lleno de recuerdos, de historias de una vida entera.

En nuestra conversación María repite frases y preguntas, se pierde y se encuentra. Se acuerda de Guillermina y llora, dice que no quiere hablar más del tema y al rato insiste: ¿le conté que mi mamita está enferma? Se larga de nuevo. El quiosco es el más antiguo del casco histórico de Santiago, dice con orgullo. Este negocio nos ha dado todo, repite. Yo soy enfermera, cuenta de nuevo. Luis le sigue el juego. Presta oídos atento y se sorprende con cada repetida historia de su madre, se maravilla con cada detalle. Le parece que cuando la escucha transita por otra versión de Santiago, camina por las veredas de una época distinta a la suya. Mientras oye, vende bebidas y diarios a quien pase y se detenga.

Condorito

Un póster en el que aparece la figura de Cristo iluminada pende de uno de los muros, junto a él cuelga una placa de madera en la que Víctor ha dibujado una de las escenas de Los Picapiedras, sobre la mesa que hace de escritorio y pegadas a la pared están sus Condoritos. Son cientos de bosquejos y decenas de calcomanías del típico personaje de Pelotilleue adornando el *living*.

En el patio están apiladas las pizarras que fabrica durante sus tardes libres y que vende todos los fines de semana. Hay de variados tipos: las de restaurant que arriba llevan el encabezado “menú del día”, las que se usan en las ferias libres y en las que se lee “oferta”, las infantiles que tienen en el borde calcomanías de *Mickey Mouse* y el *Pato Donald*.

La técnica del dibujo Víctor la aprendió cuando estudió Artes Gráficas en el colegio técnico de Gran Avenida al que fue durante su adolescencia. Sus calcomanías, pizarras y carteles los promociona en un sitio de internet en el que también se puede ver imágenes de su taller y de su casa, de aquella casa de Quinta Normal en la que vive con su madre desde que volvió de España.

Estuvo lejos durante cinco años. Se fue porque se le dio la gana, porque quería viajar, porque quería conocer personas nuevas, porque quería estar en lugares diferentes. Llegó a Valencia y se las rebuscó, trabajó en lo que vino. Aprendió apicultura y se dedicó a la limpieza de los cajones en los que las abejas fabrican la miel. Aprendió a cosechar y trabajó cortando naranjas, las mejores del mundo vienen de Valencia, dice Víctor. En sus ratos libres, se paseaba por bares y restaurantes ofreciendo sus pizarras. Fue mesero y aprendió el oficio de maestro fallero. Víctor ayudó en la construcción de las enormes y tradicionales figuras de material inflamable que cada año españoles y extranjeros hacen arder para espantar los malos augurios.

“Cuando llegué a España me tocó ver la Fiesta de las Fallas y quise aprender *altiro*. Me moví hartito y logré conseguirme una *pega* ahí. Trabajé haciendo los muñecos de la fiesta los cinco años que estuve viviendo en Valencia. Me encantaba. Encontraba medio mágico eso de dedicarse tantos meses a la fabricación de algo que iba a desaparecer en minutos.”, me cuenta.

Durante el tiempo que estuvo lejos de casa, Víctor aprendió un poco de inglés, practicó su francés y se defendió con el alemán. Cada tanto tomaba el tren o algún avión de las aerolíneas de bajo costo y se perdía por semanas. Así recorrió buena parte de Europa. Así conoció Londres, Berlín y Lisboa. Así llegó a París para cumplir el sueño que tenía desde los once años.

“Cuando estaba en quinto básico, en el colegio me dieron la opción de elegir un ramo y yo escogí francés. No aprendí mucho el idioma, pero me enamoré de la cultura, de todas esas cosas que nos contaba la profesora. Ahí me propuse que un día iba a conocer Francia”, me cuenta Víctor mientras amontona las hojas que a esa hora de la mañana cubren parte del suelo de la Plaza de Armas.

Víctor me habla de sus viajes, mientras a pocos metros de la banca en la que conversamos una mujer con acento extranjero se pasea y, arrastrando un carro de supermercado en el que lleva dos termos humeantes, grita bien fuerte que vende café, té y leche con Milo, grita también que todo va calentito y que todo cuesta cuatrocientos pesitos. Se mueve lento, va atenta a quien pueda llamarla. A lo lejos se divisa el fotógrafo que todos los días, sin descanso, ofrece inmortalizar a los niños sobre un falso caballo. En los asientos se ven principalmente hombres, algunos leen el diario, otros fuman. La gente pasa, se cruza, camina en todas direcciones, apurados, con calma, se detienen, unos segundos, un par de minutos. Una pausa antes de continuar el día.

Víctor regresó a Chile hace un año, desde entonces trabaja como ayudante de jardinería en el centro de Santiago. Le cuesta acostumbrarse, dice. “La gente acá es muy diferente, tira basura al suelo como si nada y si uno les dice algo, se enojan. Yo no me quedo callado y si veo a alguien tirando un papel o una colilla al suelo le pido que lo recoja. Una vez le pedí a una persona que se moviera un poquito para barrer y no quiso, así que le pasé la escoba por los pies”, recuerda Víctor riéndose.

Lleva puesto un *jeans* con dos huinchas reflectantes en las piernas, una chaqueta de color amarillo y un gorro en el que se lee “Ilustre Municipalidad de Santiago”. Junto a él, apoyado en el basurero que carga consigo mientras se mueve por la plaza, está su rastrillo y su pala, en la

mano sostiene una escoba. Algunos de sus compañeros de trabajo le dicen “el europeo”, otros le gritan “Condorito”. Víctor se ríe y les responde con alguna broma. Me cuenta que por estos días, durante las tardes, después del trabajo, se dedica a dibujar Condoritos, dice que los va vender durante las Fiestas Patrias en ferias artesanales, dice también que le gusta su trabajo, que le gusta plantar, regar, mantener todo limpio, dice que le gusta dibujar y hacer pizarras, que de alguna forma todas esas cosas que él hace son arte. “Mis dibujos necesitan tanta dedicación como limpiar esta banca o hacer que una flor crezca. Siempre he pensado que tengo vocación por la cosa artística. Me gusta mi *pega*. Estoy bien acá. Ya he cumplido hartos sueños, he hecho lo que he querido con mi vida. No soy millonario, pero soy feliz.”

Los números de Alfonso

“Trabajo acá desde 1950. Nací en abril de 1930. Saque la cuenta”, dice Alfonso con simpatía a todo aquel que le pregunta cuál es su edad. “¿Es bueno *pa’* las matemáticas o no? Le doy una pista: soy bien joven”, se ríe.

–Tengo ochenta y cinco años recién cumplidos. Cuatro hijos: tres mujeres y un hombre. Diez nietos y tres bisnietos. Vivo con una de mis hijas. Me levanto todos los días a las nueve, llego acá como a las once. Prefiero llegar un poquito más tarde, perderme a los clientes de la mañana, pero mantenerme sano y evitar agarrarme un resfrío –me cuenta.

Alfonso vive en La Florida con una de sus hijas, es viudo hace seis años. Para llegar a la Plaza de Armas, toma una micro y se sube a un tren, se demora sesenta minutos. Carga consigo un lustrín equipado con todo lo necesario para un día de trabajo: siete pastas de zapato Kiwi- cuatro negras, tres café-, seis escobillas, dos o tres pequeños pañitos con los que remata las cincuenta o sesenta lustradas diarias.

No sabe cuántos de sus clientes son habituales, dice que le cuesta recordar. Cree que la mayoría de quienes alguna vez fueron habituales ya están muertos, o se olvidaron de lustrar sus zapatos. Cuenta que en alguna época solía lustrarle los zapatos a un rector de la Universidad de Chile. Trata de recordar su nombre, pero se rinde, abandona la tarea y dice que olvidó cómo se

llamaba. Cuenta también que antes, cuando se instalaba afuera de Correos de Chile, le sacaba brillo a los zapatos de un tío de Lucía Hiriart. “No me acuerdo cuál era su nombre y qué bueno. No quiero tener que ver con esa gente”. Dice que los clientes son buenos *pa’* conversar, que a las personas les gusta contar sus cosas mientras él le saca brillo a sus zapatos. Alfonso escucha lo que puede, responde lo que se le ocurre, y después se olvida. Se olvida de las caras, de los nombres, de las conversaciones. El tiempo, además de quitarle casi todos los dientes, ha borrado sus recuerdos, como él borra el polvo y el barro de los zapatos de los transeúntes.

El ruido del centro logró dañar uno de sus tímpanos, el del lado derecho. Lleva puesto un audífono que muestra cada vez que alguien se acerca a conversar con él:

–Hábleme bien fuerte, mire que estoy medio viejo, parece- me dice bromeando mientras agrupa sus escobillas y sus pastas de zapato en el lustrín.

Alfonso ha visto cuatro versiones de la Plaza Armas, otras tantas de Santiago han aparecido y desaparecido frente a sus azules ojos. Su época favorita es aquella en la que la Plaza estaba rodeada de tranvías, invadida de verde. “Mire lo que le hicieron, ahora esto es puro cemento. No queda nada de lo que era antes”, se queja.

Echa una mirada a su alrededor y con resignación vuelve a lo suyo. Espera con paciencia que alguno de los apurados transeúntes que van y vienen por la Plaza de Armas se detenga frente a él y haga una pausa de cinco o diez minutos para limpiar sus zapatos, “*pa’* dejarlos *impeque*”, como le gusta decir. Se quita los restos de pasta de zapato negra de sus manos, se acomoda el audífono y después de un silencio breve, dice firme:

–A mí me gusta lo que hago. Me gusta trabajar acá. ¿¿Cómo no me va a gustar, si llevo toda una vida en esto?! No me quedaría jamás en la casa, allá no tengo nada que hacer. ¿Me quedaría *sentá’o* esperando morirme? Mientras esté vivo, acá voy a estar. Llevo acá toda mi vida y de acá no me mueve nadie.

Fluorescentes

Levanta la tapa metálica verde que cubre la guarida donde se almacenan las mangueras, los guantes, y todas las herramientas de jardinería necesarias para la jornada. Todo tiene su versión en miniatura: hay una pequeña pala, un pequeño rastrillo, un pequeño azadón. Hay también, escondidos en ese refugio subterráneo, un barrehojas, una escoba, una pala y bolsas de basura.

Desenreda la manguera, la estira y abre la llave de paso. Se toma su tiempo, no tiene apuro. Todo lo hace con la calma de quien ya ha vivido mucho. No usa guantes. Sus manos descubiertas, surcadas, dañadas, hablan de él, de sus setenta años. Las uñas sucias, con rastros de la tierra que manipula a diario, dan pistas de su trabajo.

Va vestido de un fluorescente naranja. La Municipalidad de Maipú lo obliga a llevar ese overol que se distingue a varios metros de distancia y que en la espalda tiene estampado el *slogan* de aquella comuna del sector poniente. “Ciudad feliz”, se lee en coloridas y grandes letras.

Para hacer frente a las mañanas heladas, como la de hoy, Raúl usa un gorro con orejeras. “Este me lo compró mi viejita”, me dice. En su frente caen algunos mechones de pelo blanco. “Hay que abrigarse, porque estas heladas de la mañana son las peligrosas. Yo caigo resfriado *altiro*.”

Aún no amanece. El trabajo de Raúl no espera los primeros rayos del sol. A oscuras, organiza sus implementos de trabajo y comienza a barrer las hojas esparcidas, sobre la vereda y el pasto, por el viento de la noche que aún no se retira. Trabaja en esto desde hace cinco años, con su pensión no alcanzaba a solventar los gastos y los de su esposa, así que, según me cuenta, decidió “buscarse una *peguita*”.

“Quería algo tranquilo, que quedara cerca de mi casa. Llego acá en bicicleta. Me demoro quince o veinte minutos. Parto a las ocho de la mañana sacando las hojitas, y me voy a las cuatro de la tarde. En otoño no se avanza mucho, eso sí. Junto las hojas y *detracito* mío van cayendo más. No cunde mucho la cosa”, me explica con una sonrisa honesta y amplia, que revela su incompleta dentadura.

Raúl saluda a cada vecino que pasa cerca de él. Me fijó y me llama la atención. Es amable, cordial. Con algunos intenta conversaciones. Parte por comentar el clima. Habla de lo fría que está la mañana. Si recibe respuesta, se arriesga un poco más y comenta alguna noticia. Se refiere a algún partido de fútbol, opina sobre el paro de las micros. Si sus intenciones de conversar son correspondidas, menciona a su viejita, habla de sus hijos, de sus años como conductor de buses interurbanos, de sus tiempos como empresario camionero.

–Perdí todo por culpa del trago. Lo único que me quedó fue la casita donde vivo ahora. Está acá en Maipú. Yo era dueño de varios camiones que transportaban fruta y verdura en Lo Valledor. Me iba bien en ese tiempo, gané buena plata. Tenía dos casas acá en Santiago y una en la playita. En San Sebastián. ¿Conoce usted San Sebastián? –me pregunta sin dar espacio para que yo le responda.– Es bonito, ah. Bonito, bonito. Mi casa también era bien bonita...pero, bueno, lo hecho, hecho está – dice resignado, mientras deposita en una bolsa de basura un montón de hojas secas –. Después de eso me puse a manejar buses –continúa–. Trabajé por veintiséis años en Tur Bus. Hice todas las rutas. *Pal norte, pal sur*. Me lo recorrí todo. Me gustaba esa *pega*, pero la dejé, porque tuve problemas al corazón y era muy riesgoso ir a cargo de tanta gente, era muy irresponsable de mi parte.

Como Raúl, hay cientos de personas que a esa hora comienzan con las tareas de limpieza de parques y plazas. Están repartidos por toda la ciudad. Son un ejército de hombres y mujeres naranjos, amarillos, todos fluorescentes. Se ven desde lejos. Llevan huinchas reflectantes adheridas al uniforme. Su ropa parece gritar que están ahí, que pasan ocho horas diarias recogiendo hojas, regando el pasto, sembrando árboles. Escuchar a Raúl, ver sus canas, sus manos surcadas y su piel curtida, me recuerda que cada uno de ellos es dueño de una historia velada que se esconde debajo de vistosos atuendos.

–No con todos los que pasan por acá me resulta la *conversa*. Hay algunas personas que están siempre apuradas, que pasan y ni saludan. Yo a todos les digo “hola”, por lo menos. Porque, ¿qué le cuesta a uno saludar?

Conserjería

Toma su bicicleta y emprende el rumbo hacia el norte. Transita a toda velocidad por Las Rejas y cuando la avenida de la zona poniente intercepta la Alameda, cambia de dirección y pedalea hacia el oriente. No va por la ciclovía que surca la Alameda en la mitad. Prefiere esquivar autos, micros, taxis, motos.

A medida que avanza, le parece que su recorrido se fusiona con los recorridos del resto. Siente que se pierde con cada pedaleo. No se fija en lo que pasa en las veredas, va preocupado de las maniobras que debe ejecutar, atento a no desviarse de la ruta trazada en su memoria, del camino aprendido. No se da cuenta del movimiento de una ciudad que, aún a oscuras, empieza a despertar. Percibe, sí, los olores y sonidos que el trayecto ofrece. Huele, por ejemplo, el olor a fritura que emana del carro de sopaipillas que está en la esquina de Toro Mazote con la Alameda y que, desde muy temprano, ofrece desayunos al paso a los transeúntes que entran y salen de la estación San Alberto Hurtado.

Le gusta la sensación de libertad que le provoca subirse arriba de la bicicleta. Le gusta sentir el viento frío del invierno que ya se asoma. Le gusta el ruido del tráfico, los gritos de los vendedores que se pasean por los paraderos de Estación Central ofreciendo los Súper 8 y los chocolates, que en verano cambian por helados y agua envasada. Inmiscuirse entre los pequeños espacios que dejan los autos retrasados por el taco de la mañana, arriba de un vehículo tan frágil, lo hace sentir ágil y vulnerable, audaz y despierto. Todo en ese momento depende del control ejercido por sus movimientos.

El final de sus rutinarios viajes se anuncia cuando en las esquinas son principalmente estudiantes quienes se detienen a esperar la luz verde de los semáforos. Está en el barrio universitario, comienza un día más de trabajo.

Deja su bicicleta en el estacionamiento subterráneo del edificio y se alista para una nueva jornada, revisa que todo esté como debe estar. Frente al espejo del ascensor corrige el desorden que dejó en el pelo el casco de la bicicleta y se pone los lentes que le ayudan a corregir la miopía.

Después, una miradita rápida y general, seguida de un gesto de aprobación.

En la pantalla del tablero numérico del ascensor se enciende una luz naranja: primer piso.

–Buenos días –dice.

–Hola, Marcelito. ¿Cómo está?

–Bien, bien. ¿Y usted?

–Sin novedades. Hay que ordenar esas cartas que están ahí encima y avisar al 509 que ayer les dejaron una encomienda. La señora del 804 preguntó por ti. Andaba buscando a alguien que limpiara los vidrios. Yo le dije que tú hacías esas *peguitas* extras, así que más ratito de seguro va a venir a hablar contigo.

–¡Buena! Vale.

–Yo me voy yendo. Nos vemos mañana. ¿*Estai* de turno mañana, cierto?

–Sí, mañana nos vemos, Luchito. Que esté bien.

Se dan la mano y así oficializan la entrega del turno. Marcelo se adueña del mesón de conserjería, organiza las cartas, ubicando cada una en la casilla del departamento que le corresponde. Revisa el registro de visitas. Lo lee sin prestarle atención. Lee un montón de nombres, números de cédula de identidad, números de departamento, números que indican la hora en que fue anotado el ingreso de todos los extraños. Lee todos esos datos apilados, ninguno le dice algo. Enseguida, revisa un cuaderno de anotaciones, donde cada conserje deja recados o tareas pendientes que deberán ser concretadas por quien asuma el turno siguiente. No hay nada además de lo que Luchito, un hombre canoso y ya jubilado, le dijo antes de irse.

El día sigue su curso. Marcelo toma registro de cuatro visitas, recibe dos encomiendas, da aviso de la llegada de una lavadora y recepciona nueve sobres. “La verdad, es que acá no pasa mucho. Mi *pega* es media fome”, me dice como si intentara excusarse.

–A mí me gusta mi trabajo, me gusta tener que tratar con distintas personas. Tengo facilidad para eso porque, puede que suene medio desubicado que lo diga yo, pero soy un hombre simpático. En serio. Me di cuenta de eso cuando manejaba mi taxi. Dejé esa *pega* por el vicio.

Tuve problemas de alcoholismo. Fue bien complicada toda esa etapa. Por culpa del copete me separé, me desordené con las platas y terminé perdiendo mi auto. Ahora, puedo decir que estoy pasando por un período bueno para mí. Aprendí a controlarme y estoy saliendo adelante de a poco –me cuenta, mientras lo invade una sensación de seguridad y valentía, parecida a la que experimenta cuando pedalea esquivando vehículos.

Hay, sobre el mesón de la recepción, una tele, pero no la enciende. Hay un libro, pero no lo lee. Hay una revista, pero no la hojea. Toma el diario que el residente del 710 aún no baja a buscar y se detiene en las páginas de deporte. Cuando ya las ha leído todas, se da cuenta de que la edición que tiene entre sus manos trae, además, un suplemento especial de la Copa América, que está pronta a comenzar. Marcelo lo revisa con entusiasmo. Mientras lee, sonrío y balbucea palabras que no alcanzo a escuchar. Es que lo que dice no son frases pensadas para que alguien las oiga, son el tipo de cosas que alguien comenta para sí mismo mientras cuida la entrada de un edificio. Es la forma que ha encontrado Marcelo para acompañarse durante aquellas horas muertas, en las que no registra visitas, ni ordena cartas o encomiendas. De pronto, aparece una mujer vestida impecablemente. Acaba de bajar del ascensor y en una de sus manos sostiene una botella de vino. Camina hacia Marcelo y al avanzar los golpes de sus tacos contra el piso resuenan en la conserjería.

–Mira, Marcelito, lo que te traje –dice, antes de dejar la botella sobre el mesón del conserje.

–A ver, a ver –responde Marcelo, examinando la botella con una sonrisa.

Conversan. La mujer, que no debe tener más de cuarenta y cinco años- dos menos que Marcelo- le pregunta que cómo va su día, que cómo están sus hijos. Él responde que va todo bien, que sus tres hijos están bien. Dicen algo más, nada demasiado importante. Acuerdan juntarse más tarde para destapar esa botella.

Apenas la mujer atraviesa la mampara de vidrio que separa al edificio del exterior, Marcelo se apura en decir:

–Ella es la señora Patricia. Vive en el sexto. Trabaja como ama de llaves en la casa de los

dueños de la viña Concha y Toro. Por eso me trae estos regalos. ¿Usted sabía que todavía existen personas con ese trabajo? Yo no me lo hubiera imaginado. Ama de llaves me suena como a un oficio de otro tiempo, ¿sabe?, como una de esas cosas que ya nadie hace. Nos hemos hecho bien amigos con la señora Patricia. A veces, después de mi turno, nos juntamos en su departamento nos tomamos un vino o un champán, conversando o viendo películas. A los dos nos gusta mucho el cine, así que ahí tenemos un buen tema de conversación. Y su hija, que estudia ingeniería en minas, tiene la misma edad que mi Francisco.

Por la rapidez con la que habla, parece querer aclarar que su relación con Patricia se trata únicamente de una amistad forjada sobre la base de vidas con puntos en común. “Somos muy amigos”, repite, como intentando excusarse, otra vez.

—También he hecho *buenas migas* con un joven que vive en el noveno piso. Se llama Mario Pichara, es abogado. Debe haber terminado hace poco, porque, como le digo, es bien joven el cabro. Él es muy amable y bueno *pa' la conversa*, como yo. Cada vez que tiene un tiempo, se queda acá abajo conversando conmigo. Es re buena onda. A él y a la señora Patricia les tengo mucho cariño, porque se portan súper bien conmigo. A los demás residentes los ubico nomás. Igual acá arriendan mucho, entonces llega y se va gente todo el tiempo, parece que todos vienen de paso, no más, o salen arrancando — bromea — Yo, en todo caso, siempre saludo y si me buscan conversa, engancho rapidito, pero no pasa muy seguido. Hay gente que ni lo mira a uno, que pasan como si yo no existiera. No sé qué se creerán. Yo digo que son *levanta'os de raja*, no más.

Al rato, entra al edificio un hombre mayor que camina con ayuda de un bastón.

—Buenos días, Marcelito. ¿Cómo está? ¿Hay algo para mí? —pregunta el anciano, buscando el número de su departamento entre las casillas donde se almacenan los sobres y las encomiendas.

—No ha llegado nada, Don Juan. Pero no se preocupe, si llega algo, yo subo a dejárselo antes de que termine el turno, como siempre.

—¡Muchas gracias, hombre! —responde animoso—. ¡Este Marcelito vale oro! —dice sonriendo mientras desaparece a paso lento por el pasillo donde del ascensor. Marcelo lo mira abandonar la recepción y me dice:

–Don Juan es otra de las personas a las que yo le tengo harto aprecio. A él le gustan mucho las plantas y a mí un día se me ocurrió plantar una camelia justo en la entrada. Él me vio y se puso re contento. Eso fue cuando yo recién había llegado a este edificio, hace como un año ya. Me preguntó el nombre y desde ese día que siempre me saluda con cariño. Una vez Don Juan me salvó. Me acuerdo que era viernes de pago, me entregaron el cheque que me pasan todos los meses y yo ni lo miré. Cuando estaba listo *pa'* salir de acá a cobrarlo me doy cuenta de que tenía la fecha mal puesta. Era fin de año, cerca de Navidad y yo no iba a poder cobrar el sueldo. Por la hora, iba a tener que esperar hasta el lunes para poder solucionarlo. Justo estaba en eso, lamentándome, cuando aparece Don Juan y me dice: “¿cómo está, Marcelito?”. Así, igual que ahora. Y le conté. Estaba más *quema'o*. Me vio tan urgido que me dijo: “ya, hombre, yo te hago un cheque y cuando tú logres solucionar el tema con la administración, me devuelves la plata”. Yo no la podía creer.

Durante las primeras cuatro horas del turno, Marcelo ve salir de la torre de departamentos a veintisiete personas. De todas ellas se despide, deseándoles un buen día. De todas ellas, cuatro no le responden y una, ni siquiera lo mira.

La tarde avanza sin demasiado movimiento, sin ninguna conversación. Cada tanto, Marcelo mira la hora en el reloj de pared que está en la recepción. Los minutos transcurren cada vez más lento. Cerca de las tres, Patricia ingresa al edificio. “¿Y?, ¿nos vemos, o no?”, pregunta al pasar.

A las cuatro en punto, el conserje finaliza su turno. Deja todo en orden sobre el mesón de trabajo. Hace algunas anotaciones y se pone el casco de la bicicleta. Toma la botella de vino y camina hacia el elevador. Se detiene unos segundos, parece dudar de sus siguientes movimientos. Luego, ya resuelto, presiona el botón y espera que el elevador se detenga. Nos despedimos y Marcelo entra al ascensor que cierra sus puertas y sube.

Matar el tiempo

A veces, se sorprende leyendo el registro de observaciones que hace el guardia del turno que precede al suyo. Revisa las anotaciones hechas por su compañero la noche anterior. Están agrupadas en filas verticales, dispuestas en columnas que en la parte superior llevan un encabezado descriptivo de lo que los lectores podrán encontrar en cada una de las casillas que están ahí para ser rellenadas por quien vigile la entrada del condominio durante la noche. “Hora, observaciones, nota”, lee en voz alta, como si alguien estuviera ahí para escucharlo.

A las 1.00: sin novedades. A las 3.15: no se reportan novedades. A las 5.30: nada fuera de lo normal. A las 7.00: no hay novedades. Repitió la palabra novedades, porque de seguro no se le ocurrió otro sinónimo, piensa después de leer. Empieza, entonces, con la búsqueda de una palabra adecuada, de un término que corresponda y no altere el sentido de la frase. Se le vienen a la cabeza palabras como noticia, acontecimiento y alteración. Hace el ejercicio de cambiar “novedades” por el plural de alguna de estas nuevas combinaciones de letras. No le gusta ninguno de los resultados. No encajan.

Mete la mano en uno de los bolsillos de su jeans y saca su celular. Entra a Google, tipea “novedad sinónimos”, hace click sobre el primer sitio recomendado y aparecen en la pantalla sugerencias como innovación, primicia, moda, invento, evento, suceso. Con cada nueva palabra que lee repite el ejercicio de reemplazar “novedades”: “no hay noticias”, “no hay moda”, “no hay sucesos”, “no hay inventos”. Le parece que ninguno de los sinónimos que logró hallar, sirve. Se rinde. Novedades debe ser el término más adecuado, se convence.

Va a la carpeta de imágenes de su teléfono y revisa las fotos. Aparecen sus amigos en una fiesta a la que fueron el viernes pasado; aparecen él y sus compañeros de tesis sentados frente a una mesa llena de fotocopias y apuntes, hacen muecas para la cámara. Lucen como diciendo “no queremos más tesis”, o al menos, esa fue la forma en que contestó la pregunta “qué piensas”, que le hizo Facebook cuando decidió compartir la imagen en su perfil. Sigue registrando la galería de imágenes del celular y aparece Sofía, su hija. Va al álbum donde almacena las fotos del último

cumpleaños de la Sofi - como le dice -, su cumpleaños número uno. Revisa las imágenes una a una, son casi doscientas.

Repasa este último año, el primero de Sofía, el primero de él siendo papá. No es un repaso que conlleve un análisis profundo, es más bien un montón de emociones atropelladas que se aparecen de golpe en un momento de lucidez. “Estoy grande porque tengo la obligación de serlo”, concluye. Sabe que está ahí, que pasa las horas matando el tiempo en esa caseta de dos por dos metros, porque para él llegó el momento de ser responsable. Sabe que en realidad no está ahí para vigilar algo. Sabe que la verdad es que no le interesa demasiado cuidar quién entra o sale del condominio, tampoco le quita sueño que los propietarios lo ignoren, no lo saluden o no sepan su nombre. Jorge está ahí por otras razones. Necesita el sueldo y cierto nivel de independencia. Necesita también distraerse, tener un espacio de soledad, aunque sea reducido, un lugar que le permita estudiar, pensar, buscar sinónimos, mirar fotos. Tiene la certeza de que lo que hace todos los sábados y domingos, lo hace por alguien, por algo. Hoy, se dice que es por Sofía. Mañana, tal vez se conteste que es por él.

Disfraz

No ve casi nada. Tiene cierta noción de sus movimientos y de los lugares por los que se desplaza, pero no tiene suficiente claridad. Camina con cuidado, siempre atento para no golpear a nadie. Mira lo que hay afuera de ese caluroso traje de espuma a través de la malla negra y delgada que tiene la gran cabeza de tortuga. Sus gestos son torpes y lentos. A pesar de que usa ese disfraz cuatro veces por semana, desde hace casi un año, todavía le resulta difícil cargar con un volumen que no le pertenece. Todavía no aprende a habitar su disfraz.

Hacer el recorrido que lo lleva desde su casa en Talagante hasta su trabajo en La Condes, demora una hora y media. Primero, toma el bus interurbano; luego, en Estación Central, aborda alguno de los carros del metro; después, se sube a una micro de color rojo que lo lleva hasta su última parada.

No se ha despegado de sus audífonos. Sus largos desplazamientos diarios se han transformado en espacios de tiempo propio, en momentos para hacer lo que quiere y no lo que debe. Escucha música, lee, duerme. Viajar no es tiempo perdido, se convence. El bus, el metro y la micro no solo han definido sus trayectorias cotidianas, sino que también han trazado el rumbo de su vida. “Decidí que quería ser geógrafo y dedicarme a la geografía del transporte porque paso muchas horas moviéndome por la ciudad”, me cuenta mientras caminamos hasta el *mall*.

Llega al Apumanque e ingresa por uno de los accesos laterales. Camina hacia la parte posterior del edificio y en su recorrido abre al menos cinco puertas en las que se lee: “no ingresar, solo personal autorizado”. Abre la última de las puertas que debe abrir y ahí están: solo disponibles para personal autorizado, exclusivos, restringidos y reservados, cada uno guardado en una bolsa plástica transparente. Un lagarto, una tortuga y un ratón. Todos de espuma, todos aplastados y reducidos para entrar en esa bolsa destinada a almacenarlos. Todos apilados, uno sobre otro, sobre un estante de metal, en un cuarto pequeño iluminado con tubos fluorescentes.

Además de los disfraces que usa Fernando y los uniformes de los promotores, allí se guardan escobas, traperos, baldes y todo lo necesario para el aseo del centro comercial.

–¿De qué *vai* hoy día? –pregunta uno de sus compañeros.

–De tortuga –responde, mientras toma una de las bolsas y comienza a sacar el disfraz que lucirá hoy ante los clientes del *mall*. Ingresa al baño y sale con el uniforme de trabajo puesto. En sus manos, sostiene la cabeza de su disfraz favorito.

Le gusta porque, además, de ser el menos caluroso de los tres, es el que mejor le queda. Fernando es alto, las cabezas del ratón y el lagarto tienen la cavidad de los ojos muy por debajo de donde están los suyos. “Nunca veo bien, me saco fotos con gente a la que no le veo la cara y tomo de la mano a niños que no reconocería fuera de acá.”

Fernando es tímido y se da cuenta. Trabajó como promotor una semana y no lo resistió. “No me gustaba que me vieran la cara, para mí es más fácil trabajar sin que me miren. Prefiero usar

esos trajes incómodos y morirme de calor, antes de que me vean la cara”, me confiesa, mientras camina hacia el patio central, listo para no ser visto.

Paseo de fin de semana

En dos semanas más será el día de las madres y en el Apumanque se encargan de recordártelo. “La mamá más grande del mundo se merece un relajó”, anuncia con enormes letras blancas un afiche publicitario que se repite numerosas veces en los distintos rincones del centro comercial de Manquehue Sur. La frase es acompañada con la fotografía de una mujer que lleva el pelo envuelto en una toalla. Justo bajo su rostro se lee: “participa por uno de los cinco *spa days* doble”.

Es sábado. Faltan algunos minutos para las doce del día y hay poco movimiento. Hace menos de dos horas los locatarios comenzaron con el ritual de abrir las tiendas y sentarse a esperar a que lleguen los clientes.

Joaquín hace su aparición y -aunque solo tiene seis años, es bajito y tímido- consigue capturar las miradas del guardia que está parado en la entrada, de la mujer que está en informaciones y de algunas de las promotoras, que con sus vestidos cortos y ajustados, se pasean por los pasillos entregando volantes donde se anuncian las mejores ofertas del fin de semana. Es que Joaquín es un personaje conocido por los trabajadores del centro comercial. Llega ahí casi todos los sábados cerca de la hora de almuerzo. Esta vez va acompañado por su madre. Los dos caminan hasta el centro del *mall*. Joaquín tiene tomada la mano de la mujer, camina rápido, la lleva a tirones. Está ansioso por llegar al punto de encuentro. Sabe que junto a uno de los mesones de información, cerca de las pantallas táctiles en las que se puede localizar las tiendas, encontrará a las mascotas. El ratón, el lagarto y la tortuga lo esperan.

Hoy el lagarto no vino, llamó temprano a su supervisora y le dijo que se sentía mal, que parece que la gripe se la había ganado, que se iba a tener que quedar en la casa, en cama. A Joaquín no le importó demasiado la falta del lagarto, era “el mono” que menos le gustaba, así que se conformó con la presencia de sus otros dos amigos de espuma.

Hola, les dijo. Las mascotas respondieron con un torpe movimiento de manos. Era todo lo que podían hacer con esos incómodos y sofocantes trajes encima. Joaquín los tomó de la mano y los monos comenzaron el trabajo extra de todos los sábados.

“Es simpático, nos habla mientras lo paseamos, pero se nota que es tímido. A mí me tinca que le cuesta tener amigos y por eso viene siempre. Una vez la mamá nos contó que le había pedido que lo trajera al *mall* y cuando ella le dijo que no, se puso a llorar. Hizo un escándalo, así que lo trajo igual”, diría un rato después la tortuga, sosteniendo su enorme cabeza de espuma en la mano para que se le entendiera algo de lo que decía.

El recorrido es bastante simple: consiste en llevar a Joaquín a mirar toda esa seguidilla de vitrinas en las que se ofrecen zapatos, carteras, libros, viajes, juguetes, muebles, ropa. Todo. Ante los ojos de Joaquín, el mundo completo parece estar condensado ahí, en ese lugar abarcable por sus pasos, en esos quince o veinte minutos que les toma a las mascotas y a él pasearse por todo el Apumanque. No entran a ninguna tienda, no compran nada. A veces, los vendedores que ya lo han visto antes y se han dado cuenta de que su presencia es habitual, lo saludan. Así fue cómo se enteraron de su nombre: un día una de las vendedoras que atiende el local en el que venden ropa interior le preguntó cómo se llamaba. Joaquín, dijo, y una sonrisa se dibujó debajo de sus anteojos de marco azul.

El paseo ha terminado. Joaquín, el ratón y la tortuga vuelven al punto de inicio, a esa especie de patio central ubicado en el primer piso. La madre de Joaquín está sentada revisando su teléfono. Chao, les dice el niño a los monos. Los enormes animales intentan un gesto de despedida. Mueven sus manos de un lado a otro y Joaquín les responde de la misma forma, agitando sus pequeñas manos en el aire. Se acerca a su madre que no se ha percatado de que el niño ya volvió. Ella lo mira con sorpresa, él no dice nada y se sienta a su lado. La mujer se pone de pié rápidamente, buscando algo en su cartera, revolviéndolo todo. Saca diez mil pesos: cinco para la tortuga, cinco para el ratón. No les dice nada. Joaquín parece no percibir la transacción. Se alejan por uno de los pasillos en dirección a la salida, pasan por el lado y por debajo de todos esos afiches en los que se lee “la mejor mamá del mundo se merece un relajo”.

Resiliente

Todos los días, Esteban aborda el metro en Tobalaba. Avanza diecisiete estaciones. Desciende del vagón cuando el tren se detiene en el andén de Las Rejas. Sube los peldaños de la larga escalera de aquella estación de la zona poniente de Santiago y toma alguna de las micros que corre, en dirección sur, por la remodelada Av. Las Rejas. Puede ser la 102 o la 107. La verdad, es que no tiene preferencia por ninguna. Las dos se demoran lo mismo. Las dos se detienen en el paradero más cercano a su hogar.

Demora casi una hora desde su trabajo, en Providencia, hasta la casa de Estación Central en la que ahora vive y a la que llegó hace cuatro años, cuando no tenía dónde ir. “Vente a Santiago. Hablé con mi mamá y te podemos recibir acá en la casa. Compartamos pieza”, le dijo entonces Francisco.

Esteban y Francisco se habían conocido en la plaza del barrio que compartían cuando eran niños. Todas las tardes se encontraban ahí para balancearse en el columpio, deslizarse por el resbalín o medir fuerzas en el balancín. Se hicieron amigos, mejores amigos. “El Francis, y su familia, son mi familia”, dice Esteban.

En 2005, a la mamá de Esteban le detectaron un cáncer de médula que avanzó rápido y no dio tregua. Meses antes, la misma enfermedad le había sido diagnosticada a su padre. El cáncer remeció su adolescencia y motivó una serie de desplazamientos imprevistos.

Partió junto a sus padres a Curicó, la ciudad de origen de su madre. Ahí estuvieron hasta la muerte de ella, en diciembre de 2006. Después del golpe violento y certero, Esteban y su padre emprendieron rumbo a Osorno. Allá los recibió la familia paterna. Allá, cinco meses después de la muerte de su mamá, Esteban vio morir también a su papá.

Volvió a Curicó, a la casa de la familia de su madre. Terminó el colegio, trabajó de garzón, fue ayudante de cocina, se convirtió en obrero, descargó camiones y atendió un puesto en una feria libre. Intentó oficios, ensayó vidas. Trató de rearmar su destino, se esforzó para no extrañar tanto. Ni a sus padres, ni a su ciudad, ni a sus amigos. Puso todas sus energías en no echar de menos, en no echarse de menos.

A los veinte años decidió volver a Santiago. Perdió el trabajo que por ese entonces tenía en Curicó y no tenía cómo seguir pagando el arriendo de la pieza en la que vivía. Habló con Francisco y aceptó el ofrecimiento que semanas antes había hecho su amigo. Partiría de nuevo al barrio donde había nacido, viviría a una cuadra de la casa que había compartido con sus padres, a pasos de la plaza en la que había jugado con el Francis mientras la mirada atenta de su madre cuidaba cada uno de sus movimientos y evitaba golpes o caídas bruscas.

Elba, la madre de Francisco, le había conseguido a Esteban un trabajo como reponedor del supermercado en el que ella trabajaba como cajera. Estuvo diez meses reubicando los alimentos perecibles que ofrecía el Santa Isabel de La Farfana. Ordenaba las frutas, llenaba a diario el mostrador de la carnicería, reabastecía las vitrinas en las que se ofrecen jamón y queso. Observaba a los clientes y los reconocía. “Ese va a llevar queso, como siempre. Este va a pedir jamón de pavo, cinco tajadas, porque mañana viene de nuevo y, como siempre, aprovecha de llevar el pan para la once”, concluía.

Después de su turno en el supermercado, Esteban iba a clases en un instituto del Barrio República. Estudiaba Comunicación y Relaciones Públicas. Terminó su carrera y, una tarde, buscando en Internet alguna oferta de trabajo que tuviera que ver con lo que había estudiado, dio con el aviso que hoy lo tiene como vendedor en una tienda de ropa femenina en el *mall* Costanera Center.

“Soy el único hombre que trabaja ahí, pero a las mujeres les gusta que las atiendan hombres, parece. Llevo un año y, hasta el momento, no he tenido ningún problema. Aunque hay algunas más tímidas, la mayoría de las clientas deja que uno les ayude. Incluso, las señoras a las que ya

conozco me piden consejos cuando tienen que elegir regalos. A mí me gusta mi trabajo. Me entretiene ver y tratar con gente distinta todos los días”, cuenta.

Esteban se pasea por la tienda atento a los requerimientos de cualquiera de las clientas que revuelven, miran, toman y dejan los colgadores de ropa. Él avanza detrás de ellas y ordena con cuidado, es meticuloso con la organización de las prendas, las dispone y reubica como debe ser. Acá los pantalones, allá las faldas y las blusas. Acá el avance de temporada, allá las ofertas y accesorios. Va vestido formalmente, es amable, tiene siempre la sonrisa dibujada en los labios. ¿La puedo ayudar en algo?, pregunta a quien entra.

“Uno tiene que ser siempre muy cordial. Fingir que el cliente tiene la razón, aunque no sea así. Una vez, por ejemplo, una señora me trató súper mal. Me gritó y me garabateó porque no le cambié una blusa. No podía hacerlo, porque la blusa estaba usada y no tenía fallas. La quería cambiar porque se había arrepentido de comprarla. Le expliqué, pero no lo entendió. Hizo un escándalo. Me dijo que quién me creía, me dijo que yo no era nadie. Me quedé callado y aguanté. Total, yo sé que eso no es verdad y entiendo que la gente no tiene por qué saberlo. La gente que pasa por el *mall* y entra a la tienda no tienen por qué saber quién soy o cuál es la historia con la que cargo.”

Sentado en el comedor de la casa, Esteban mantiene la misma actitud cordial con la que atiende mientras trabaja en el *mall*. Habla poco y pausado, su serenidad parece imperturbable y sus ojos juveniles están empapados de esa tristeza amarga que le han dejado las ausencias. Mientras se prepara un café le pregunto si ha reflexionado sobre su lugar de trabajo, si es consiente de que trabaja en un lugar de tránsito, contesta que sí, que lo sabe, que se da cuenta de que la gente va y viene. “Pero eso siempre es así, la gente va y viene todo el tiempo, yo me he cambiado de ciudad, de casa, de trabajo, perdí a mis papás, llegué a una familia nueva. Estoy acostumbrado a moverme, a que las cosas cambien, a perder y ganar. Todo siempre, va y viene.”

Servicio al cliente

La tarde en el supermercado transcurre como cualquier otra. Son casi las siete y el número de clientes ha aumentado con el correr de las horas. Hombres y mujeres salen con bolsas en las que llevan pan fresco y tibio para la once en casa. Las filas de las cajas avanzan lentamente y en la cara de cada persona se observa el cansancio y se adivina el cercano término del día. De fondo se escucha una canción de Camilo Sesto, y sobre ella, el ruido que hacen las máquinas registradoras al descifrar los códigos de barra que las cajeras ponen frente a la pantalla de lectura.

La tarde en el supermercado transcurre como cualquier otra. Así lo percibe Elba sentada al otro lado del mesón de “Servicio al Cliente”. Falta poco para que termine su turno y, hasta ahora, todo va como de costumbre. Revisó las notas de crédito, archivó los reclamos del día, recibió los envases de bebida y alcohol, guardó en uno de los cajones del mostrador el carnet de identidad y las dos tarjetas de crédito que un par de clientes despistados olvidó en el supermercado. Ahora espera atenta en su silla que alguna cajera acuda para rectificar la validez de un cheque, o que alguna madre desesperada le pida que llame por altavoz a su hijo perdido en alguno de los pasillos del local.

De pronto, desde su puesto de trabajo, desde el centro de operaciones del supermercado, Elba reconoce a una clienta. La ve entrar y, con la mirada, sigue sus pasos. La mujer se acerca y la saluda. “¡Hace tanto tiempo que no se aparecía por acá!”, dice. “¿Cómo está?”, pregunta.

Elba no sabe el nombre de aquella clienta, pero después de trabajar un par de meses como reponedora, dos años como cajera y luego de estar un año a cargo del “Servicio al Cliente” está acostumbrada a que así sea. Está habituada a reconocer rostros y a saludar caras sin nombre ni historia. “¿Cómo está su amiga?”, pregunta Elba. Un silencio rotundo e inesperado se apodera del fortuito encuentro.

El rostro de la mujer se torna pálido y sus ojos se vuelven vidriosos. “Murió”, contesta la mujer con la voz quebrada. “No aguantó más la enfermedad y se suicidó la semana pasada. Se ahorcó”, dice, justo cuando las lágrimas comienzan a correr por su rostro.

Elba no abre la boca. No es capaz de emitir ninguna palabra. Sabe que la mujer de la que hablan tenía cáncer y que llevaba meses sometida a un intenso tratamiento de quimioterapia, sabe que tenía hijos y un esposo. Sabe todas esas cosas que la gente cuenta -o lanza- rápido, a la pasada y sin demasiado cuidado, en la caja de un supermercado, creyendo que nadie les presta demasiada atención, mientras se digitan precios y se acumulan puntos.

Elba también le había hablado de su vida. Le había contado que tenía tres hijos y que había llegado a ese lugar, a vestir ese uniforme, para superar la depresión que le había provocado el término de veinte años de matrimonio. No puede creer que esté muerta. No puede creer que no sepa su nombre. No sabe qué hacer. Le ofrece a la mujer un vaso de agua, que ella acepta y recibe con sus manos temblorosas. Elba, haciendo un gesto difícil de descifrar, mueve los brazos en el aire. Parece pedir auxilio. La supervisora que se pasea asistiendo a las cajeras observa el movimiento y acude rápidamente al mesón de “Servicio al Cliente”.

–¿Necesitas ayuda, Elba?. ¿Te sientes bien?” –le pregunta.

Elba abandona su puesto de trabajo sin responder las preguntas de su compañera. Con el pecho apretado y el corazón acelerado camina hacia el baño. Se asegura de que no haya nadie y, ahí, frente al espejo, llora. Afuera, todavía se escucha el sonido de las registradoras y la música que adorna el supermercado.

Fiesta sorpresa

Elizabeth recorre los pasillos del supermercado haciéndole compañía a Ubelinda. La escucha comparar los precios de la semana pasada con los que hoy se anuncian en las estanterías.

–Esta leche está más cara. ¿La semana pasada la tenían en oferta, o no? –reclama.

–Se acabó ayer esa oferta, pero no se preocupe, cuando pase por la caja, yo autorizo que le hagan el descuento. ¿Cómo anda su resfriado?

–Bien, ya se me está pasando –contesta la anciana mientras cruza el sector de los lácteos, sentada en su silla de ruedas.

Elizabeth -la Eli, como le dicen sus compañeros y algunos clientes- trabaja hace siete años en un supermercado. Empezó cuando tenía diecinueve. Entonces, recién casada y sin hijos, buscó la forma de distraerse y aumentar los ingresos de la casa. Llegó al Santa Isabel de El Rosal, en Maipú, como cajera y a los pocos meses asumió el control de cajas. “Soy una especie de supervisora y asistente del personal que tiene a su cargo las máquinas registradoras”, me explica.

Algunos clientes la reconocen fuera del supermercado. La saludan en la calle, en el centro comercial, en la plaza. Conocen parte de su vida, han visto a la Cata y la Cris, sus gemelas, saben sus nombres, vieron a la Eli trabajar durante todo su embarazo.

“Como vivo cerca del *súper*, a veces me encuentro en la calle con personas a las que he atendido y me saludan. No siempre los reconozco, pero finjo que sí y los saludo de vuelta. Asumo que me han visto antes en la *pega*. A otros sí los reconozco y los saludo sabiendo quiénes son, pero la verdad es que trato de no encariñarme con nadie porque pienso que es raro tener vínculos con gente que está de paso, que una ve un rato. ¿O no? No sé, yo creo que es extraño”, me comenta mientras caminamos el corto trecho que separa su casa del supermercado.

Durante el tiempo en que Elizabeth recorre junto a la señora Ubelinda los pasillos, una de las cajeras conversa en la entrada del supermercado con la hija de la anciana clienta. Ella y su madre compran allí con frecuencia. Las reconocen los guardias, las cajeras, los reponedores, los empaques.

La cajera le cuenta a la hija de la señora Ubelinda que hace algunos días, su madre mencionó que faltaba poco para su cumpleaños. Le explica que, como la anciana es cliente habitual, el personal del supermercado se ha encariñado con ella y a Elizabeth, la control de cajas, se le ocurrió celebrar los noventa y seis años de la mujer. Todo queda acordado. La semana siguiente esperarán a Ubelinda con torta y una fiesta improvisada al interior del supermercado.

“La idea era que cuando ella llegara al *súper*, como hacía casi todos los días, nosotros le íbamos a cantar el cumpleaños y le íbamos a tener una torta. Queríamos celebrar con ella”, me cuenta Elizabeth antes de entrar al área de personal del supermercado.

El día del cumpleaños, los preparativos comenzaron temprano. Ubelinda debía hacer su aparición a eso de las doce del día. Elizabeth era la más entusiasta, repartió gorros y serpentinas a las cajeras, los supervisores y las encargadas de Servicio al Cliente. Incluso se coordinaron para que cuando la cumpleañera ingresara al supermercado, por los altavoces comenzara a sonar la canción del cumpleaños feliz. Esperaron hasta las dos de la tarde, pero Ubelinda no apareció.

–Se debe haber enfermado. Estaba media resfriada la última vez que vino –le dijo Elizabeth a una de sus compañeras, recordando la tarde en que “la abuelita”, como la llama con cariño, reclamó por el precio de la leche.

Lo dejaron pasar. Días después, a excepción de Elizabeth, nadie lo recordaba. Casi un mes transcurrió desde el día fijado para la celebración, hasta aquella nublada tarde en que apareció la hija de Ubelinda. Elizabeth la divisó a lo lejos y se acercó a la entrada del supermercado. Le preguntó por su madre y obtuvo por respuesta aquello que se imaginó, pero que no quería oír: Ubelinda había muerto de un ataque al corazón el día de su cumpleaños.

“Yo me quedé con la sensación de que podría haber hecho algo más por esa señora que nos entregaba tanto cariño, porque viéndonos solo durante esos ratos en los que ella iba al *súper*, con eso, solo con eso, yo ya sentía que teníamos una conexión. Igual es raro, ¿o no?”, reflexiona Elizabeth mientras se abotona el delantal blanco que usa durante su jornada de trabajo. Aún falta para las diez de la mañana, el supermercado todavía no abre sus puertas. Todo está perfectamente ordenado, en las baldosas resplandece la luz de los tubos fluorescentes que iluminan aquel espacio que así, vacío como está, se ve amplio, pulcro, despojado de historias, desprovisto de recuerdos.

The butler

–¿Has visto *The remains of the day*? –me pregunta Marco mientras bebe lo que queda de su *milkshake*–. Bueno, yo soy *the butler*, el personaje de Anthony Hopkins –dice–. La única diferencia es que él es un mayordomo para una persona, yo hago eso mismo pero para varias personas a la vez. En el hotel hay dos *concierge*, a mí me toca hacerme cargo de habitaciones como la presidencial y las *suite*, que son habitaciones por las que se paga un poco más. Eso se traduce en personas que tienen gustos más excéntricos. Al principio, eso era algo que a mí me costaba entender. ¡Cómo hay gente con gustos tan extraños! Ahora ya lo entiendo más: hay gente que tiene tanto en la vida, que de repente se aburre. Ya no se satisfacen con un té, quieren un té con dos tipos que te bailen al lado y un mono que te aplauda –me dice riendo.

Marco es chileno, pero su tono de voz pausado y su acento neutro confunden. Él se adelanta a las preguntas y, de entrada, explica que se fue de Chile en 2001, que vivió en Guadalupe un tiempo, que vivió en París unos meses, que vivió en cruceros nueve años, que por amor se fue a Holanda. Que su relación no funcionó y que regresó a Chile para despedirse de su padre.

Hoy es su día libre y en lugar de su impecable traje de trabajo y de esos zapatos cuidadosamente lustrados, trae puesto un *jeans*, una polera y unas zapatillas. Es igual de cordial que ayer, cuando sonreía y contestaba las preguntas de los pasajeros del hotel.

Marco estudió gastronomía, pero dice que lo suyo es conversar. En los cruceros ganó la personalidad que, según cuenta, no tenía. “Entré como un pollo, muerto de miedo, tímido y salí convertido en alguien capaz de aparecer en una pantalla gigante, informando sobre las actividades del día, en tres idiomas diferentes. El último tiempo que pasé arriba de los cruceros, me dediqué a ser motivador de personal, algo así como un entrenador de emociones. Es muy difícil quebrarse cuando estás lejos de casa, lejos de tu familia, en un lugar donde no hablan tu idioma, trabajando bajo presión, seis u ocho meses, entonces es necesario tener control sobre las emociones.”

Me cuenta algunas de las anécdotas que vivió mientras trabajó a bordo de cruceros. Recuerda con detalle la noche en que una de las pasajeras gritó pidiendo ayuda desde su habitación. Marco, a esa hora, tenía a su cargo aquel sector del barco y de inmediato corrió a ayudarla.

“Cuando abrí la puerta, me encontré con la mujer y su marido desnudos. Él estaba inconsciente sobre la cama y ella intentaba reanimarlo, sin dejar de llorar. Cuando me vio me explicó que estaban teniendo relaciones sexuales y a él le había dado un infarto. Ambos tenían más de setenta años. Con los nervios, yo creo que la señora ni siquiera se dio cuenta de que estaba sin ropa. Yo salí de la habitación para llamar al paramédico, que en ese momento estaba en otro sector del crucero. Se demoró tanto, que yo mismo fui a buscar las cosas necesarias para darle los primeros auxilios al caballero. Volví a la habitación y, no sé cómo, me armé de valor y le puse al pasajero la inyección de adrenalina. En eso, llegó el paramédico, pero ya era muy tarde y no se pudo hacer nada. La esposa del pasajero no lograba salir del *shock*. Le traje una bata y me la llevé del lugar, para que pudieran venir a retirar el cuerpo. Faltaban un par de días para que llegáramos a puerto nuevamente, así que durante esos días me preocupé de conversar con la viuda, de acompañarla y de ayudarla en lo que más pude. Ahora que lo cuento puede parecer gracioso, la situación es anecdótica, pero la verdad es que en ese momento fue terrible”, recuerda Marco.

En Holanda las cosas no se le dieron tan fáciles. Su holandés no era lo suficientemente correcto para trabajar en hotelería, así que mientras aprendía, y después de haber corrido varios años, trabajó como entrenador físico de personas con discapacidad mental. Por esos días, a su papá se le había manifestado con fuerza el Parkinson, y el Alzheimer de a poco lo arrancaba de este mundo. Le gustaba su trabajo, porque aún estando lejos, sentía que se conectaba de alguna forma con su padre.

—Los doctores me recomendaron que regresara. Falleció a los cuatro días, y a los cuatro días empecé a trabajar para ocupar la cabeza en algo. Desde que volví a Chile me he dado cuenta de que la gente cambió y todo se ha transformado en un montaña rusa de trabajo, de carrera, de avanzar, de ganar más, de posesiones. Mi trabajo es conversar y escuchar. Y he escuchado que la gente quiere dedicarle más tiempo a la familia, a los hijos, a la esposa, pero siguen dedicándole

más tiempo al trabajo. Eso no lo entiendo. Siempre digo: no te vendas por dinero. La vida se te pasa volando y de qué te sirve todo lo que puedas tener. Hace tres semanas conversé con un huésped que me decía que le hubiera gustado hacer las cosas de otra forma, hace veinte o treinta años atrás. Tiene un velero y viaja por el mundo, pero a su esposa la ve contadas veces y eso ya no lo puede recuperar ni compensar. Pero son decisiones que la gente toma. Ayer conversaba con una pareja de huéspedes que llevaba cuarenta años casados, él era inglés y ella estadounidense. Hablamos precisamente de esto, del tiempo que le dedicamos al trabajo, de la obsesión por tener más plata, de la visión que se tiene ahora sobre las relaciones de pareja, de la facilidad con la que a veces *tiras la esponja*. Nadie está dispuesto a perder tiempo. Hablar, conversar, te ayuda a desprenderte de esa visión de caballo de carrera, te ayuda a darte cuenta de lo verdaderamente importante –sentencia.

–Hay huéspedes que pasan tres o cuatro meses al año en el hotel, así que obviamente los reconozco, comparto con ellos. Una vez invité a un huésped holandés a correr la maratón conmigo, porque él me había contado de lo mucho que le gustaba correr. He salido a almorzar con los huéspedes varias veces. Ayer salí a cantar con un pasajero al que le gusta el *karaoke*. Por reglamento del hotel, esas son cosas que no se pueden hacer, pero qué importa... Hay pasajeros que me escriben a mi mail personal, me cuentan de su vida y eso es muy bueno, porque, imagínate: si te vas un día a *la punta del cerro*, ¿qué mejor que tener a alguien a quien contarle cómo estás? Me gusta saber de las historias de vida, me da lo mismo el idioma, lo importante es conectar. ¡Por mí, que se quedaran más tiempo! La relación que se puede tener con un huésped, así como con cualquier persona, tienen que ver con la historia de vida, con las experiencias, con las cosas más básicas. Tiene que ver también con la personalidad. Es importante no ser demasiado intrusivo, porque es muy fácil cruzar la línea y preguntar cosas que no debes. Eso se aprende con la experiencia. Se aprende a ver los detalles, a leer los gestos, la posición y la disposición de las personas. Me encanta conversar con las parejas mayores. Yo creo que es porque en ellos veo a mis papás. Mis papás estuvieron cincuenta años casados. Él tenía Parkinson y Alzheimer, y mi mamá no escucha bien. Mi papá sus últimos años ya no podía hablar, pero aun así mi mamá lograba comunicarse con él, porque lo conocía. Entonces cuando veía en el crucero, o cuando veo ahora en el hotel, a parejas de gente mayor, que lleva muchos años casados, les pregunto cómo lo han pasado, cuál es el balance, o cuál es el secreto. Parto por preguntas

clásicas, para romper el hielo, qué sé yo. Las respuestas siempre son las mismas: comunicación, sentido del humor, reírse, ese tipo de cosas. Eso me gusta. Son personas que han trabajado su relación y yo, de una u otra forma, vinculo sus historias con la de mis papás. Me gusta verlos en otras personas. ¿Crees que la vida puede ser tan plena si no la compartes con alguien? Yo creo que no. Es súper romántico, yo sé, pero al final...todo se trata de envejecer junto con alguien.

Room service

Son las siete de la mañana de un sábado de noviembre que se adivina caluroso. Alejandra se levanta y camina, por Av. Independencia, rápido hacia el paradero. Se sube a la micro, y mientras avanza relee los apuntes de la universidad. Se prepara para su última evaluación práctica. Las hojas de su cuaderno están plagadas de dibujos de ojos, que desglosan su anatomía y describen sus falencias más habituales. El viaje es largo.

Alejandra llegó a Santiago a los 14 años, cuando después de mucho insistir, sus padres la enviaron a estudiar al Internado Nacional Femenino. Estaba convencida de querer ir a la universidad, decidida a dejar ese pueblo que sentía que le quedaba chico. Pero la necesidad de volverse grande, el apuro por crecer, no vino con el cambio de ciudad, tampoco con el fin del colegio o la decisión de entrar a estudiar Tecnología Médica. Llegó sin anunciarse, una noche fría de un invierno aún más frío. Se volvió real sobre el pavimento resbaladizo de una carretera lejana al departamento en el que Alejandra vivía.

–Pasé de ser la hermana del medio a ser la mayor. Todavía nadie entiende muy bien por qué chocó. Nadie sabe qué hacía manejando a esa hora, dónde iba, por qué perdió el control del auto. Andaba de civil...era carabinero. Se llamaba Javier. Yo lo he pasado pésimo, pero he visto a mi mamá pasarlo peor. Me he guardado casi todo, casi no me ha visto llorar. Por eso igual evito ir a Rapel, porque la entiendo y quiero que esté bien, pero yo también necesito hacer mi vida.

En el hotel, la espera un extenso *report* de catorce habitaciones. Alejandra comienza el día. Recorre los pasillos empujando el carro en el que carga las toallas limpias, las sábanas recién dobladas, el cloro y una enorme bolsa de basura. Golpea y espera respuesta, pega la oreja a la

puerta y después de un rato, entra. Adentro no hay nadie. La luz que se cuele por la cortina entreabierta deja ver la cama desecha y, sobre ella, una toalla todavía húmeda.

En un movimiento rápido y brusco, arranca las sábanas sucias, corre las cortinas y abre las ventanas. El fulgor de la mañana la obliga a entrecerrar los ojos y el aire fresco la ayuda a espantar el sueño que todavía persiste. Se queda ahí unos segundos, quieta, mirando, con el cuerpo medio inclinado sobre la baranda que está junto a la ventana. Desde la habitación, Santiago se ve pulcro, impecable. Los rayos del sol reflectan en las cumbres de los Andes, destellan en los vidrios que recubren los edificios que rodean el hotel. La que se extiende frente a ella, es otra ciudad. Una distinta a la que habita. Una diferente a esa en la que creció.

El día recién parte y aún le quedan varias habitaciones que ordenar. Sabe que se demora más que sus compañeras y, por lo mismo, evita conversar con los pasajeros. Sonríe, habla poco, hace lo que tiene que hacer. Sabe que está de paso, que ese trabajo es pasajero. Al menos, así se lo propuso hace cuatro años, cuando después de unos meses de terapia, el psiquiatra le recomendó ocupar su cabeza en algo para intentar superar el duelo.

Protocolo

Desde la ventanilla de la oficina ubicada en uno de los extremos de la vía número dos de la estación Pudahuel, Daniel saluda al conductor que se alista para partir. Le sonríe y agita su mano, mientras el chofer –asomado por la puerta de la cabina- empuña la mano y levanta su dedo pulgar como preguntando si está todo en orden. Daniel devuelve el gesto con otro igual. Mira una de las pantallas que está sobre su escritorio y comprueba que los tiempos se han cumplido.

Unos metros más arriba, en la superficie, ha comenzado a llover sorpresivamente. Daniel se entera porque, entre las interferencias y el chicharreo de la señal captada por la radio que lleva atada a la cintura, alcanza a oír que los trenes han desacelerado la marcha en La Florida por culpa de las vías resbaladizas. Mira otra vez los monitores que están sobre su escritorio y se da cuenta de que el retraso ya ha sido registrado. “Hay que cumplir con el protocolo, avisar y registrar todo”, me explica.

Daniel tiene cuarenta y siete años y hace seis es supervisor de tráfico en el metro. Cuando salió del colegio, ingresó a la Fuerza Aérea de Chile persiguiendo la idea de obtener un título y después retirarse. Fue parte de la Fuerza Aérea nueve años, consiguió el título de ingeniero industrial y se retiró para trabajar en lo suyo. “Lo hice, varios años”, me cuenta. “Trabajé en lo que había estudiado, pero decidí buscar una oportunidad mejor. Pensé que de algo me iba a servir mi carrera cuando decidí trabajar acá, pero *altiro* me di cuenta de que para esto se necesitan habilidades que no se aprenden en ninguna parte.”

Sentado en el solitario escritorio de su oficina vidriada, Daniel habla y habla. Habla sobre lo difícil que fueron aquellos primeros meses de capacitación, sobre los pasajeros, sobre los conductores. “El mejor lugar para conversar con los conductores es en la cabina. Ahí se distienden. La cabina para ellos es como un lugar propio, porque ahí transcurre gran parte de su día.”

Habla también sobre las emergencias que le ha tocado enfrentar, sobre las fallas técnicas más comunes y sobre los inesperados sigma. “Cuando alguien se tira a las vías, uno no se complica tanto por la persona que se tiró, porque si lo hizo, fue porque lo decidió. Lo importante es reaccionar rápido y no causarle problemas a los demás. A los pasajeros que ven la situación, a los conductores que se ven enfrentados a esto. El que se tiró, ya se tiró y qué vamos a hacer. Tenemos que seguir un protocolo y eso es lo que más tensiona la situación, porque sabes que a través de las cámaras vigilan que hagas todo como tienes que hacerlo, como el protocolo lo indica. En ese momento, aunque suene frío, lo importante es *salir luego del cacho*.”

“Fue un primero de mayo, me acuerdo. Yo en ese tiempo trabajaba en la Línea 4, como supervisor de tráfico”, me dice. “Estaba en mi puesto, acababa de llegar de un recorrido por las vías, acompañando a los conductores, y me avisan desde la Torre de Comando Central que alguien se había tirado a las vías de la estación Macul. Yo era el supervisor que estaba más cerca de esa estación, así que me moví rápidamente. Salí a la superficie y me fui en micro, porque en esos casos el metro suspende sus funciones.”

Daniel subió aceleradamente las escaleras que en esa estación, ubicada sobre la superficie, ascienden. Caminó hacia el comienzo de la vía dos a través del andén vacío. No había personal, ni pasajeros. Todos habían sido evacuados. El tren que había impactado sobre el cuerpo suicida había sido retirado y la conductora que llegaba a la estación por la vía contraria debió ser sacada de ahí porque la escena la desplomó. El tren todavía estaba ahí, con las luces de los vagones apagadas, inmóvil. El ritmo de la estación estaba en pausa y Daniel, solo.

Encendió la linterna que llevaba y, agachado, desde el andén apuntó hacia las vías con la luz, intentando ver debajo del tren detenido. Algo alcanzó a ver, un cuerpo, un bulto, no estaba seguro. Caminó hacia las escaleras de nuevo y cambió de andén. Avanzó rápido, creyendo adivinar lo que segundos más adelante iba a ver, sin lograr convencerse. De a poco, mientras se movía por la estación, la escena se dejaba ver con claridad.

Daniel tomó la radio que llevaba consigo e informó que no había nada que hacer. Sobre la vía número uno vio parte del cuerpo de una mujer de unos treinta años. Sobre la vía número dos, bajo el tren quieto, estaba la otra mitad. El impacto había sido tan violento y rápido que las ruedas del tren, calientes por el roce con las vías, hicieron un corte preciso y certero. “No hay nada que hacer”, repetía Daniel por radio, mientras miraba hacia una de las cámaras de vigilancia conectadas con la Torre de Comando Central.

Daniel vigiló que el protocolo se cumpliera: la llegada de Carabineros, la constatación de la muerte, la llegada del Servicio Médico Legal y el retiro del cuerpo. Todo sucedió ante su mirada tranquila, ante su actitud impávida, esa que mantuvo mientras sostenía la manguera y miraba escurrir el agua, que mezclada con sangre, corría por las vías del tren y limpiaba las huellas de una muerte violenta.

Días después, Daniel escuchó que la familia de la mujer que él vio sobre las vías había ido a conversar con la jefa de la estación donde todo había sucedido. Supo que tenía treinta años, que trabaja en el Sodimac, que tenía depresión, que tenía una hija, que su plan era arrojarla con ella a las vías, que segundos antes de que eso sucediera la niña, de nueve años, logró desprenderse de sus brazos y vio desde el piso del andén, frente a un grupo de pasajeros atónitos, cómo un enorme

tren gris con franjas azules ingresaba a la estación a toda velocidad, y sin poder detenerse, arrollaba el cuerpo de su madre.

Daniel no habla de los suicidios que ve, evita contar detalles. Prefiere que no le pregunten mucho y no hace muchas preguntas. Sabe que para los funcionarios del metro son comunes las licencias siquiátricas. La poca luz del sol, el trabajo solitario, los tensos viajes de la mañana, los pasajeros impacientes de la tarde, los suicidios en las vías. Todo suma. “Si uno se pone a pensar mucho, sería imposible seguir trabajando”, me dice mientras responde al saludo de la conductora que le sonrío desde la cabina del tren que acaba de ingresar a la estación.







CAPÍTULO III

CONCLUSIONES

Lugar y no lugar configuran una oposición relativa y determinada por quien experimenta los espacios. Aquellos que transitan dirán de la micro, el avión, el andén o el supermercado: “es solo un lugar de paso”. Mientras, en silencio y muchas veces sin ser vistos, los “habitantes del tránsito” tejen un entramado de vivencias, recopilan historias que configuran su memoria. Todas esas inabarcables formas de vida, todas esas infinitas posibilidades de intimidad quedarían ocultas bajo el mapa de recorridos que construimos a diario, sin darnos cuenta.

Por medio de las crónicas que componen este trabajo fue posible conocer cuáles son los vínculos que un grupo de habitantes de la ciudad mantiene con los lugares de desplazamiento urbano. En la medida en que las entrevistas y la investigación avanzó, fue posible detectar un elemento en común entre los protagonistas de estas historias: todos tienen plena conciencia de que trabajan o se desenvuelven en un espacio de circulación permanente de personas en donde muchas veces se perciben invisibles frente al resto. Durante las conversaciones sostenidas con cada uno de los entrevistados fueron frecuentes las referencias al espacio de tránsito como escenario de experiencias y vivencias íntimas que conforman parte de su memoria biográfica.

En conclusión, a partir de la realización de este trabajo, es posible afirmar que el lugar de tránsito sí constituye un espacio de marcas y huellas, y que aquello que define a un lugar como tal es la capacidad de evocar recuerdos y construir memoria en torno a él. La apropiación de un lugar de tránsito se relaciona con las experiencias obtenidas en estos espacios, con las conexiones que las personas generan con y en ellos. Quien conduce un taxi, maneja a diario una micro, o trabaja custodiando la entrada de un edificio acumula historias que lo vinculan de manera permanente a un lugar por el que otros están *de paso*. Para ellos, ese *no lugar* –definido así por su supuesta imposibilidad de dejar huellas y marcas– constituye, muchas veces, parte importante de su memoria.

EPÍLOGO

Mientras transitamos somos parte de flujos humanos sin cara, de masas y aglomeraciones en las que, de alguna forma, logramos desprendernos “del peso, de la responsabilidad, del cuidado, de ese ser disponible para sí tal como lo somos en el domicilio, desprenderme de ese personaje en vistas de sí mismo, tal como lo somos preferencialmente en el trabajo.”¹⁸

Lugar y no lugar son conceptos complementarios o, como indica Augé, “polaridades falsas”, puesto que el primero no queda nunca completamente borrado, y el segundo no se cumple nunca del todo. El antropólogo Manuel Delgado manifiesta estar de acuerdo con Augé, afirmando que *lugar y no lugar* no constituyen una dicotomía. Por el contrario, coexisten, se enfrentan y se complementan. No obstante, Delgado sostiene: “Marc Augé entiende bien que el no-lugar es el espacio sin marcas, sin memoria, pero se equivoca al concebirlo como un lugar de paso y no como el paso por un lugar.”¹⁹

Delgado percibe el *lugar* como aquel sitio del que se parte, por el que se pasa, o al que se llega. *No lugar*, en cambio – y desde la perspectiva de Delgado-, es lo que ese peregrinaje provoca. El *no lugar* se definiría, entonces, como *una manera de pasar*. En palabras del autor:

*“El no-lugar no es un lugar atravesado, sino la travesía que desmiente el lugar (...) y de la que luego no queda nada que no sea, como máximo, una estela efímera, una sombra, un eco, un vestigio destinado a borrarse o ser borrado.”*²⁰

A pesar de las diferencias anteriormente expuestas, vemos que tanto Delgado como Augé coinciden en un punto: ambos entienden el *no lugar* como un espacio carente de marcas y huellas. Sobre la imposibilidad de apropiación de los lugares de tránsito, Delgado señala que el

¹⁸ GIANNINI, Humberto. Op. Cit. en nota 4. p. 32

¹⁹ DELGADO, Manuel (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama. p. 69

²⁰ *Ibid.*

“espacio moviente” es “patrimonio no de quien los posee, sino de quien lo ocupa para usarlo y sólo en tanto lo usa (...) se da como una dinámica infinita de colonizaciones transitorias.”²¹

Lugar de tránsito: espacio de marcas y huellas

Evitar el encuentro de miradas, fijar la vista en un punto fijo, mantener silencio o asumir el roce corporal como algo sin importancia son mecanismos que dan cuenta de nuestro “saber viajar”. De acuerdo con Paola Jirón, académica de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, *saber viajar* es resultado de un modelamiento de la conducta a partir de la experiencia cotidiana. Este *saber viajar* incluye la puesta en práctica de una serie de estrategias y tácticas aprendidas en nuestros recorridos e incorporadas en los movimientos que los transeúntes ejecutan durante sus desplazamientos.

Saber viajar da lugar a la llamada “lugarización en movimiento” y en la medida en que somos capaces de interactuar con los lugares de tránsito, nos apropiamos del espacio y desarrollamos un proceso de *lugarización móvil* en el que los pasajeros son capaces de significar el espacio, de forma casi imperceptible, mediante la experiencia cotidiana de transitarlos.²² En relación a esto, los autores antes citados dirán que existen tres niveles de arraigo o apropiación de los espacios de tránsito:

a) El *encapullamiento* tiene relación con el aislamiento y la espacialización de la intimidad. Al usar el celular o leer, por ejemplo, nuestro cuerpo adopta la forma de un capullo, construimos un *microlugar*. En este nivel, el espacio es apropiado para el beneficio personal y el tiempo de viaje se vuelve productivo para el pasajero.

b) Dormir, maquillarse, sentarse en el vagón o comer son acciones que dan cuenta de un nivel de apropiación y familiaridad mayor. En estos casos hablamos de *acampar*.

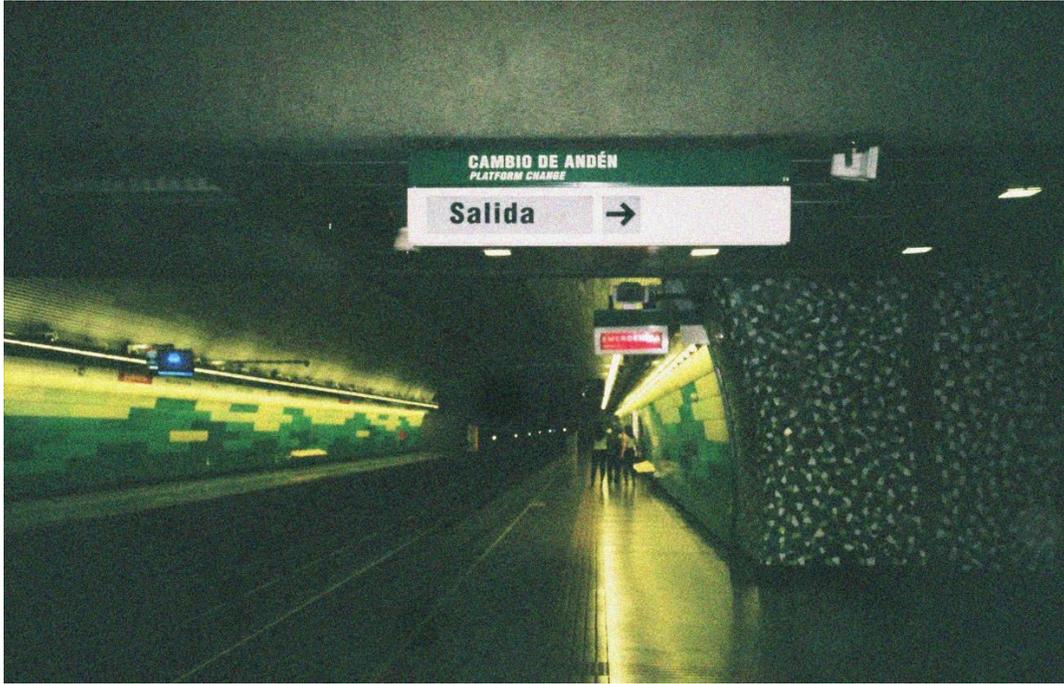
²¹ Ibid. p. 51

²² JIRÓN, Paola; IMILAN, Walter; ITURRA, Luis (2013). Saber viajar en el metro de Santiago. La apropiación de lo público. En: Revista Ciudad y Arquitectura, N° 151. Pp. 113-115.

c) A medida que las personas conocen y reconocen el territorio por el que a diario transitan, la apropiación se intensifica y deja *huellas*. Las huellas marcan el espacio de manera más permanente y se manifiestan, por ejemplo, en el saludo diario con el guardia del metro, en la conversación con el conductor del colectivo o en el conocimiento y reconocimiento de otros pasajeros en la micro.

El geógrafo John A. Agnew, por su parte, sostiene que la carencia de *lugar* queda a discreción de las personas ya que los centros comerciales, supermercados o paraderos de buses no son solamente objetos que aparecen en el camino de quien transita, sino que podrían transformarse en espacios significantes, relevantes dentro de la experiencia cotidiana de las personas.²³ Es importante tener en consideración que en los lugares de tránsito un encuentro casual o una conversación fortuita podría tener un desenlace impensado. Y, sin duda, memorable.

²³ AGNEW, John (2005). Space of Geographical Thought. Deconstructing Human Geography's Binaries. London: Sage. Pp. 81-96.



BIBLIOGRAFÍA

AGNEW, John (2005). *Space of Geographical Thought. Deconstructing Human Geography's Binaries*. London: Sage. Pp. 81-96.

ARFUCH, Leonor (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico. Disponible en: http://comisionporlamemoria.org/bibliografia_web/ejes/desaparecidos_arfuch.pdf [consulta: 4 de noviembre de 2015]

AUGÉ, Marc (2008). *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.

DELGADO, Manuel (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.

GIANNINI, Humberto (2004). *La "reflexión" cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

HALBWACHS, Maurice (1992). *La memoria colectiva*. Pp. 209-219. Disponible en: http://ih-vm-cisreis.c.mad.interhost.com/REIS/PDF/REIS_069_12.pdf [consulta: 6 de noviembre de 2015]

JELIN, Elizabeth (2001). *¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?* En: Los trabajos de la memoria. Capítulo 2. Pp. 1-17. Disponible en: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/JelinCap2.pdf> [consulta: 28 de noviembre de 2015]

JIRÓN, Paola (2009). *Immobile mobility in daily travelling experiences in Santiago de Chile*. En: Vannini, Phillip. *The cultures of alternative mobilities: routes less travelled*. Cap. 8. Pp. 127-140. Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/118095> [consulta: 13 de abril de 2015] p.127. Traducción propia.

JIRÓN, Paola; **IMILAN**, Walter; **ITURRA**, Luis (2013). *Saber viajar en el metro de Santiago. La apropiación de lo público*. En: Revista Ciudad y Arquitectura, N° 151. Pp. 113-115.

JIRÓN, Paola; **ITURRA**, Luis (2011). *Momentos móviles. Los lugares móviles y la nueva construcción del espacio público*. En: revista Arquitecturas del Sur, N° 39. Pp. 44-57.

LIHN, Enrique (1983). *Su limosna es mi sueldo. Dios se lo pague*. En: El Paseo Ahumada. Ed. Mínga. Santiago, Chile. Disponible en:
<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0009670.pdf> [consulta: 6 diciembre 2015]

POLLAK, Michael (2006) *Memoria e identidad social*. En: Memoria, olvido y silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límite. Cap. 2. Pp 33-52. Buenos Aires: Ediciones Al Margen. Disponible en: <http://cesycme.co/wp-content/uploads/2015/07/Pollak.-Memoria-Olvido-y-Silencio.pdf> [consulta: 5 noviembre 2015]

RICOEUR, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económico.

ROJAS, Sergio (1999). *Materiales para una historia de la subjetividad*. Santiago de Chile: La Blanca Montaña.

UHART, Hebe (2003). *Del cielo a casa*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

ANEXO

Fuentes consultadas

- Alejandra Orellana, 23 años, mucama en el hotel Marina Las Condes.
- Alfonso, 85 años, lustrabotas en la Plaza de Armas.
- Arturo Gajardo, 53 años, conductor de micro.
- Carlos, 69 años, conductor de micro.
- Christopher Guerra, 24 años, tripulante de cabina.
- Daniel Cisterna, 47 años, supervisor de tráfico de Metro de Santiago.
- Elba Osses, 43 años, personal de Servicio al cliente en un supermercado.
- Elías Gutiérrez, 26 años, conductor de trenes en Metro de Santiago.
- Elizabeth Vergara, 26 años, cajera en un supermercado.
- Esteban Ortíz, 23 años, asistente de ventas en una de las tiendas del *mall* Costanera Center.
- Fernando Godoy, 21 años, “mascota” en un centro comercial.
- Helga Gómez, conduce un colectivo.
- Jorge Valdebenito, 22 años, conserje de un condominio.
- Juan Andrés Ramírez, 45 años, conduce un colectivo.
- Marcelo Galaz, 47 años, taxista y conserje.
- Marco Herrera, 38 años, *concierge* en el hotel Ritz Carlton Santiago.
- María, 70 años, dueña del quiosco ubicado en la calle Bolsa de Comercio.
- Raúl, 70 años, funcionario municipal de la comuna de Maipú.
- Roberto Torres, 33 años, conductor de trenes en Metro de Santiago.
- Rocío Olavarría, 36 años, tripulante de cabina.
- Víctor Olmedo, 44 años, limpia y mantiene los jardines de la Plaza de Armas.
- Eugenia Brito, Doctora en Literatura y académica de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.
- Evelyn Hevia, psicóloga, historiadora y académica de la Facultad de Psicología de la Universidad Alberto Hurtado.
- Pablo Oyarzún, filósofo y académico de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.

- Paola Jirón, geógrafa y académica de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.
- Roberto Fernández, psicólogo y académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- Roberto Merino, sociólogo y coordinador del Núcleo de Investigación Sociología del Cuerpo y las Emociones.
- Sergio Rojas, Doctor en Literatura y académico de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.